

ANTOLOGÍA

EDICIÓN DE TONY JIM E IVÁN GUEVARA \* SELECCIÓN

\* DIEZ RELATOS DE AUTORES DEL SIGLO XXI

PANDORUM

CIENCIA FICCIÓN 5



# **PANDORUM 5**

**Selección de autores de  
ciencia ficción del siglo XXI**

**SEGASaturno** PRODUCTIONS

**CIENCIA  
FICCIÓN**

---

**PANDORUM 5**

---

**Relatos de autores del siglo XXI**

**Selección:** TONY JIM

**Edición:** IVÁN GUEVARA

Primera edición: septiembre de 2025

Printed in Spain

Depósito legal: B 14704-2025

ISBN: 979-13-990603-5-5

**Derechos reservados.** Todos los relatos son propiedad de sus respectivos autores. La versión digital de este libro se podrá descargar gratuitamente pasados 6 meses de su aparición.

**Pandorum 5**

**Editor responsable :** Iván Guevara en edición conjunta con  
SEGASaturno Productions

**Selección de relatos:** Tony Jim

**Corrección y textos adicionales:** Iván Guevara

**Diseño y maquetación:** Juan Pedro Pablo de la Mar

**Ilustración de portada:** Allen Anderson (*Planet Stories*, vol. 5  
Nº10, enero 1953, *public domain*).

**[www.genteovejuna.com](http://www.genteovejuna.com)**

**[www.segasaturnoproductions.com](http://www.segasaturnoproductions.com)**

**Tony Jim:** [tonyjim.com](http://tonyjim.com)

**Iván Guevara:** [facebook.com/ivan.guevara.genteovejuna](https://facebook.com/ivan.guevara.genteovejuna)

**Grupo FB:** [facebook.com/groups/Genteovejuna.Pulp.CF](https://facebook.com/groups/Genteovejuna.Pulp.CF)

## CONTENIDO

¡Cinco! . . . . .	7
<i>Relación temporal</i> , por Alfonso M. González . . . . .	9
<i>Por mis pistolas</i> , por Tony Jim . . . . .	27
<i>Todos eran Fernando</i> , por Iván Guevara . . . . .	37
<i>¿Puedes ser más extremo?</i> , por Gabriel Benítez . . . . .	47
<i>Llamando desde la base</i> , por Blanca Mart. . . . .	55
<i>Sentidos</i> , por Juan Carlos Fernández . . . . .	65
<i>Buscando penta-plutonio</i> , por Julián Sánchez Caramazana. . . . .	79
<i>Poder estelar</i> , por Vicente Hernández . . . . .	87
<i>La fortaleza del Dr. Radian</i> , por Luis Guillermo del Corral . . . . .	109
<i>Noche eterna</i> , por Carlos Díaz Maroto. . . . .	127
<i>Recogiendo la antorcha</i> , por H. Briones Barbera. . . . .	141



## ¡CINCO!

*Tenía especial interés en escribir el prólogo de este quinto Pandorum —no por la rima con el cinco, como alguno ha comentado— sino porque me parece un número significativo. Aunque ya saben que yo soy muy de ciencia ficción ligera con toques de humor, claro... así que tampoco sería tan raro lo de usar la rima.*

*Vale, puede que el diez, el cincuenta o el cien sean números más redondos, más solemnes incluso, pero como quizá falte un buen trecho para llegar a esas cifras, me he decantado por el cinco. Al menos por ahora.*

*Si no ando errado, llevamos ya unos cuatro años con este proyecto, lo cual me maravilla, porque nunca pensé que llegaríamos tan lejos. Pero bueno, por si acaso, dejo aquí anotado lo especial que es para mí haber alcanzado este número.*

*Aprovecho una vez más para agradecer, en especial, a Iván Guevara —mi socio y amigo en esta aventura pulpera— por sus ganas de seguir adelante con Pandorum. Y, por supuesto, por todo su trabajo creativo, que ha dotado a la colección de una identidad única y reconocible entre los aficionados al género.*

*Quiero agradecer también a todos los autores que han colaborado a lo largo de estos años y a los mecenas de*

Verkami, que creyeron en nosotros desde el primer momento y han hecho posible que este proyecto siga adelante.

Además, el cinco tiene algo de conexión con la ciencia ficción, al menos en su vertiente audiovisual. Si ya tienen ustedes cierta edad, quizá recuerden a Johnny 5, aquel mítico personaje del filme Cortocircuito. Aunque, pensándolo bien, esa referencia tal vez encajaría mejor en el próximo Pandorum —el número seis— que será un especial dedicado a los robots. Así que, si tienen buena memoria, guarden el dato para cuando se sienten a leer dicho tomo.

Y claro, está también Babylon 5, posiblemente la referencia más conocida que asocia el número con la ciencia ficción. Babylon 5, como Pandorum, tiene un creador... o dos, en nuestro caso: Iván y yo. Y también, como en la serie, hay muchos otros autores que contribuyen con su talento en cada entrega. Y nos queda saldo a favor, porque en Pandorum hemos tenido muchas más colaboraciones ¡y esperamos seguir sumando muchas más! Nuestra idea es continuar sacando estas antologías por los siglos de los siglos, hasta que veamos el momento en que se inauguren las estaciones espaciales Babylon... y más allá.

*¡Larga y próspera vida al pulp!*

**Tony Jim**



# **RELACIÓN TEMPORAL**

**Alfonso M. González**

¿Y si tu ex usara una máquina del tiempo para arruinarte la vida otra vez... y otra... y otra... y otra más...?

*Con «Relación temporal», Alfonso M. González (alias Alan Dick, Jr.) se ha marcado un enredo sentimental a través del tiempo que no puede molar más. Ciertamente es que, como saben ustedes, tengo cierta debilidad por las historias con viajes temporales, pero es que esta va un paso más allá. La estructura se va construyendo por capas y, partiendo de una premisa simple, no para de crecer a base de paradojas que, en algún momento, se convierten en una única paradoja recurrente cuya solución solo es posible mediante las características de los personajes que se nos han ido mostrando; humanos en su ternura y candidez, pero también en las emociones mal resueltas que destilan.*

*Quien se haya quedado con ganas, puede buscar los bolsilibros de Alan Dick en [segasaturnoproductions.com](http://segasaturnoproductions.com), donde también encontrará pronto una nueva colección, emparentada de alguna manera con Pandorum. En los anuncios de este mismo libro verán ustedes un avance de lo que estamos cocinando.*

—¿Me lo puedes explicar otra vez? Creo que no he captado bien la idea —dijo él con perplejidad.

Ella le lanzó una mirada recriminatoria, pero cedió con un suspiro:

—Es bastante simple. ¿Por qué insistes en que te lo repita? Mi ex ha tenido acceso a otra máquina del tiempo y me está amargando la existencia con ella. ¡No sabe olvidarme y dejarme vivir mi vida en paz!

A Mariano todo aquello le sonaba realmente extraño. No terminaba de creer que estuviesen dentro de ese contenedor de basura reciclado. Laura le gustaba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Sin embargo, embarcarse en esa arriesgada aventura le parecía una locura que se le escapaba de las manos.

—Y ya... ¿hemos llegado? —preguntó entre incrédulo y divertido.

—En efecto. Viaje completado —confirmó Laura con aire de dignidad—. Estamos en el pasado. Justo hace diez años, cuando comenzó mi relación con ese cabrón de mi ex.

Mariano siempre había pensado que, si tuviera la oportunidad de viajar en el tiempo, elegiría un lugar más fascinante. Quizá la época romana o incluso la prehistoria, para ver dinosaurios. Si ella tenía razón, ahora estaban en el año 2000. No era precisamente un destino glamuroso.

Salieron del contenedor que servía como máquina del tiempo, todo parecía idéntico a cuando habían partido, salvo que ahora era de noche. Él miraba alrededor buscando cambios significativos que confirmasen el desplazamiento temporal, sin éxito aparente.

—¿Por qué construyó una máquina del tiempo en un contenedor de reciclaje?

—¿No te he dicho ya que es un tacaño? —le espetó furiosa—. ¡Puede ser el hombre más avaro que existe! ¡Ni te lo imaginas!

En aquel descampado olvidado, el contenedor pasaba desapercibido. Se alejaron de él, adentrándose en la ciudad.

Laura le había explicado su misión. Mariano debía impedir que la versión joven de ella tuviera el primer encuentro con su ex. En ese instante, diez años atrás, se conocerían de manera casual. Si él intervenía, evitando ese encuentro, conseguiría que aquella tormentosa relación nunca hubiera existido.

—Tengo que bajar por esa calle, lo recuerdo con exactitud —aseguró ella consultando su reloj—. ¡Debes evitar a toda costa que yo entre en ese pub! Dentro está ese canalla de mi ex. ¡Si nunca nos conocemos, este infierno jamás comenzará!

Mariano se sentía incómodo esperando junto a Laura, sentados en un banco. Ella había calculado el viaje al pasado con margen suficiente como para tener la certeza de no fallar. Recordaba que, aproximadamente a las diez de la noche de aquel día, había tomado esa decisión crucial. Aunque, por supuesto, no quería apurar; todavía faltaban dos horas para que sucediera.

Él le había comentado varias inquietudes que lo preocupaban, pero ella se negaba a escucharlo. Para empezar, si lograban su objetivo e impedían que ella y su ex se conocieran, ¿qué pasaría con la Laura actual? Es decir: eso, supuestamente, solucionaría el problema, eliminando la relación, ya que nunca existiría... pero, si eso ya había ocurrido, ¿no provocaría algún tipo de ajuste, paradoja o fenómeno extraño en su persona?

«Has visto demasiadas películas», recordaba que le había reprochado cuando Mariano insistió en el tema. «Si esa relación nunca se produce, sería lo mejor y punto final».

Por otro lado, notaba que Laura tenía sus reservas respecto a los viajes en el tiempo. Para empezar, temía encontrarse con su otro yo del pasado. Esa Laura del 2000 la aterrizzaba. Quizá temía que, si el mismo individuo entraba en contacto consigo mismo de otro periodo temporal, pudiese desencadenar algún tipo de «catástrofe cósmica» o algo similar. De ahí que le correspondiera a Mariano interceder, con ella a prudencial distancia.

Con cierto nerviosismo, siguieron consumiendo el tiempo que faltaba para la hora decisiva. Sentados en el banco, esperando un futuro cercano que, en realidad, era el pasado. ¡Tenía su gracia!

\* \* \*

La vio caminar por la calle y quedó impactado.

Esa Laura era muy joven. Mucho más atractiva. Resultaba obvio, pero el choque con la realidad le golpeó de lleno. No arrastraba esa nube de enfado que parecía acom-

pañarla siempre. Transmitía un aire de chica despreocupada y alegre.

Mariano tendría que improvisar. Había conocido a su Laura en circunstancias muy concretas, afectada por la relación con su ex. Eso le había facilitado que se fijara en él y buscara amparo en su bondad. Pero ahora la situación era radicalmente distinta. Esta versión de Laura lucía espléndida y dudaba que él, con diez años más que ella, pudiera llamar su atención. Es más, dependiendo de cómo la abordara, podría causarle rechazo.

Miró de reojo a su Laura de 2010 que lo observaba a lo lejos desde el banco. Le hacía gestos con expresión malhumorada, indicándole que había llegado el momento.

Esa calle del pasado, envuelta en la nocturnidad casual del tedio, le resultó extrañamente poética. La ingenua Laura bajaba por ella, despreocupada pero segura. Quizá con ganas de tomar una copa. Ese pub cercano sería su elección. ¿Lo tendría ya decidido o sería una idea espontánea? No importaba. Mariano debía impedir a toda costa que entrara allí.

Un tipo chocó con él. No lo había visto porque su atención estaba centrada en la hermosa versión de Laura. El empujón pareció premeditado y lo sobresaltó.

— ¡No lo intentes así! —le advirtió el extraño, que llevaba una gabardina y sombrero que hacía sombra sobre su rostro—. ¡Salió mal!

— ¿Qué? —Mariano no daba crédito—. ¿De qué hablas? ¿Quién eres?

— Si intentas ligar con ella e invitarla a otro local, será peor que en la línea temporal original.

Mariano intentó pensar con rapidez, pero ya tenía a Laura-joven encima. Una fugaz idea le hizo entender que

ese tipo que desaparecía entre las sombras era él mismo: un Mariano del futuro que había intervenido justo a tiempo.

¿Por qué lo había hecho? ¿De qué época venía exactamente? Se sintió decepcionado, como si le hubieran arrebatado la exclusividad de la que creía disfrutar con los viajes en el tiempo.

—¿Me dejas pasar? —le dijo Laura. ¡Ya estaba frente a él! La calle era tan estrecha que le impedía el paso.

Pensó deprisa, cambiando sus planes. Su idea inicial era convencerla para ir a otro sitio, tal como esa versión de sí mismo había adivinado y confirmado. Así que improvisó lo primero que se le ocurrió:

—Necesito tu ayuda —le dijo fingiendo lo mejor que pudo—. ¡Creo que me va a dar un ataque al corazón!

\* \* \*

Mariano miraba con disimulo por el balcón del apartamento de Laura. Todo había sucedido tan rápido que apenas había tenido tiempo de asimilarlo. Veía a su Laura abajo, gesticulando con evidentes muestras de furia.

Su misión había sido un éxito. Esa espléndida Laura del pasado no había caído en las redes de quien, en el pub, estaba destinado a ser su pareja.

—¿Seguro que te encuentras mejor?... ¿Mariano, dijiste que te llamabas? —Había preocupación y musicalidad en su voz. Un tono que la Laura actual había perdido sin remedio.

—Sí, sí. Sería un amago de ataque al corazón —balbuceó, sin poder evitar llevar su mirada a las caderas de la chica. Se había quitado el abrigo y lucía una figura envidiable.

El piso era sencillo pero acogedor. Recordó que en aquella época todavía los jóvenes podían permitirse vivir de alquiler en la gran ciudad. ¡Cuánto habían cambiado las cosas! No había tenido en cuenta que una década de viaje temporal era un periodo considerable.

—Qué extraño, porque tienes muy buen aspecto —le dijo con un matiz juguetón—. ¡Nunca diría que pudieras sufrir un ataque al corazón!

Mariano sudaba sin poder contenerse. De reojo miró hacia la calle donde la Laura de 2010 seguiría echando chispas. Sabía que debía marcharse cuanto antes. Primero, había frustrado el encuentro y cumplido su cometido. Segundo, su cabeza bullía con multitud de preguntas; ¿cómo era posible que una versión suya, un Mariano del futuro, hubiera intervenido? Y tercero, aunque no menos importante, sabía que Laura era extremadamente celosa y verlo allí, con una versión de ella misma más atractiva, no le haría ninguna gracia.

—¿Qué te ocurre? —susurró la chica—. Aunque seas algo mayor, no estás nada mal, ¿sabes?

Podía ser dulce y provocativa. Justo lo que estaba haciendo. Debía salir de allí y, a la vez, se sentía atraído por ese esplendor desconocido de Laura. Resultaba injusto pensarlo, pero esa mujer parecía claramente mejor que la suya, la que estaba abajo, en la calle, ardiendo de rabia.

Ahora comprendía que la relación con su ex la había marcado de forma negativa e irreparable. La «Laura 10 años más joven» estaba libre de esas obsesiones y cadenas del pasado; bastaba una mirada para confirmarlo.

—Verás, lo siento, pero debo irme —trató de explicar, con gotas de sudor resbalando por su frente—. Ya me en-



cuentro bien. Creo que me marcharé... Gracias por tu ayuda, por preocuparte y traerme a tu casa.

Ella asentía con graciosa inocencia. Se mostraba divertida, con una ingenuidad calculada.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte?

Se había dejado caer un tirante de la blusa en un gesto claramente insinuante. Su piel tersa y sin imperfecciones servía como irresistible reclamo.

—Sí —confirmó a su pesar, sin mirar atrás. Había abierto la puerta y se dirigía hacia las escaleras—. ¡Lo siento! Gracias por tu ayuda —concluyó, huyendo.

—¿Seguro? —Ya no podía verla, pero la oía mientras bajaba los escalones. Sabía que la otra Laura le esperaba en la puerta del edificio y que pronto se enfrentaría a su furia. Esos minutos allí le pasarían factura, aunque había sido la única forma de lograr su objetivo. ¡Sin duda estaría celosa de sí misma!

—Pues entonces creo que iré al pub de ahí abajo, cerca de donde nos encontramos.

Mariano se detuvo en seco.

—Sí... creo que haré eso —escuchó que continuaba ella desde el piso, marcando cada sílaba—. Creo que iré ahora mismo a ese pub en concreto. Lo tengo decidido. De algún modo tu aparición con ese supuesto ataque es lo que evitó que lo hiciera...

Él tragó saliva, volviendo a subir las escaleras. El tono no dejaba lugar a dudas.

—¿Quién sabe? Si te marchas... tal vez sea mejor que vaya allí. Quizá pueda conocer a alguien. ¡A lo mejor hasta encuentro pareja!

Esa Laura podía ser guapa, dulce y libre de obsesiones,

pero Mariano sabía que no era tonta. Aquello no era una coincidencia.

\* \* \*

Conducía con ansiedad, sus dedos crispados sobre el volante. La joven Laura no dejaba de mirar por los retrovisores, consciente de que los perseguían. La lluvia, brutal y cegadora, azotaba los cristales transformando el mundo exterior en un caos de luces difusas y sombras indescifrables.

—¿Cómo lo sabías? —Mariano insistió, con la voz cargada de incredulidad—. ¿Quién te avisó?

—Ya te lo dije en mi casa —respondió impaciente—. Un tipo extraño, un tal Alfredo. Parecía un friki salido de otra dimensión. Me lo encontré antes de bajar por esa calle y me aseguró que corría peligro, que una loca podría acabar con mi vida. Al principio, claro, no le creí.

A él aún le costaba procesar lo que había escuchado. Alfredo, el ex de Laura, nada menos que el inventor de la máquina del tiempo.

—¿Lo conoces? ¿Sabes quién es ese tipo? —Apartó un segundo la vista de la carretera. Él negó con la cabeza, mintiendo—. Me dijo que aparecería un inocente llamado Mariano, dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar que entrase al pub al que me dirigía. ¿Cómo podía saber que iba a ir allí? ¿Cómo pudo leerme la mente?

Comprendió que ese hecho, sumado a su propia aparición, suponía demasiada casualidad. Supuso que al conocer su nombre, Mariano, y descubrir que había una mujer acechándolos abajo del piso, se confirmaba aquella disparatada teoría que Alfredo le había adelantado.

—Me explicó que, si entraba en ese pub, conocería a alguien con quien tendría una relación sentimental en el futuro. Una relación tormentosa y desastrosa. También me advirtió que una desequilibrada intentaría a toda costa atentar contra mi vida y que debía tener mucho cuidado con mis acciones.

Mariano iba uniendo piezas. Lo que esa Laura ignoraba era que la mujer que los perseguía en el coche, la misma que los había obligado a abandonar la finca de su apartamento por la salida de emergencia, era ella en el futuro. Todo encajaba mejor. Se había convertido en una mujer frustrada y obsesionada con su relación con Alfredo. Más de lo que él jamás imaginó. Una mujer que había viajado al pasado con el único propósito de eliminar esa relación antes de que sucediera. Lo iba entendiendo, aunque aún quedaban muchas incógnitas que se agolpaban en su mente.

El coche derrapó tras un estruendo ensordecedor. Por un instante, Mariano creyó que se trataba de un trueno. La lluvia, furiosa e implacable, convertía la noche en una anarquía impenetrable. Pero pronto comprendió que lo que había oído era un disparo. ¡Laura los seguía muy de cerca en el coche de atrás y estaba disparando!

—¿Vas a explicármelo de una maldita vez? ¿Vas a decirme quién es esa loca de la pistola y qué quiere?

Había intuido que él la conocía por su forma de comportarse.

—Verás, esa mujer es algo... peculiar. Digamos que busca arreglar el pasado para mejorar su presente. —Se sentía como un completo idiota al intentar justificar a aquella psicópata que, a su pesar, resultaba ser su Laura.

—Ese tal Alfredo me contó más cosas. Era tanta información de golpe que me pareció un lunático soltando un galimatías. Me dijo que esa condenada mujer que nos persigue solo quería su fortuna, que estaba obsesionada con casarse con él para conseguir su herencia y todo su dinero... ¿tú entiendes algo de eso?

Mariano tragó saliva. Hasta ese momento no le había cuadrado que alguien capaz de inventar una máquina del tiempo tuviera la personalidad que Laura le había descrito. Ella insistía en que Alfredo era un tacaño, pero quizá se refería a su negativa a gastar o compartir su inmenso patrimonio. Ahora que lo pensaba, Alfredo de Villavicencio sonaba como alguien con cierto poder económico. Y ¿si Laura se hubiera acercado a él por interés, atraída por su dinero?

Recordó cuando era adolescente y le llamaban *paga-fantas*. Cómo le había costado que las chicas se fijaran en él. Siempre el bueno, el amigo incondicional que nunca pasaba de ahí. Se estremeció ante la idea de estar, una vez más, haciendo el ridículo por una mujer que solo lo utilizaba.

El coche patinó de nuevo, esta vez con más violencia. Los faros de la Laura mayor los cegaron desde atrás. Una nueva bala impactó contra la carrocería.

\* \* \*

Laura aparcó y empuñó la pistola que había dejado sobre el asiento del copiloto. Su determinación la había llevado a tomar medidas extremas. En principio no quería involucrarse con la versión joven de sí misma, pero a tenor de lo

que consideraba la traición de Mariano, las reglas habían cambiado.

Salió del coche en el oscuro callejón agradeciendo que la torrencial tormenta hubiera dado una tregua. Su furia había sido tan intensa y ahora reinaba la calma, con todo el suelo empapado y ni una gota amenazando caer de nuevo.

«Mi plan improvisado ha funcionado. Si les perseguía por la autopista llegaría un momento en que se quedarían sin gasolina y tendrían que pararse. Unos cuantos disparos los han aterrorizado, que era lo que buscaba. Ahora ya no tienen escapatoria».

El coche de la otra Laura estaba aparcado pocos metros más adelante. Allí solo estaba ese almacén abandonado, donde había visto entrar a Mariano y a su yo joven buscando inútilmente un refugio. Apretando su puño alrededor de la culata de la pistola, se convencía a sí misma.

«Quería evitar la relación para no vivir este infierno. Pero cuando ya habíamos logrado que no conociera a Alfredo, este imbécil de Mariano va y cae en sus redes. No entiendo cómo pude ser tan zorra a esa edad. Bueno, yo no hice eso en el pasado... pero, si soy yo misma, significa que tenía la potencialidad de hacerlo».

Se sentía traicionada por partida doble y eso la había hecho perder los estribos. Su decisión era clara: iba a matarlos a ambos. A esa Laura jovenzuela y al pagafantas de Mariano. No solo eliminaría la ya remota posibilidad de la relación con Alfredo, sino que cortaría con todo por lo sano.

—Laura, has ido demasiado lejos —la sorprendió una voz a su espalda.

Ella vio el rostro de aquel hombre de tez rubicunda y aspecto distinguido. Llevaba unas gafas de gran graduación y transmitía un aura que combinaba intelectualidad y bondad. Era Alfredo, el inventor de la máquina del tiempo.

Escondidos tras las destartalladas puertas del muelle de carga del almacén estaban Mariano y la versión guapa de Laura. Ambos escuchaban con atención, testigos de la escena. Temerosos ante la amenaza de ella, pistola en mano y, a la vez, esperanzados por la inesperada intervención de su ex.

Y lo que oyeron, por fin les aclaró las cosas.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —espetó Laura, apuntándole—. ¡Tú me lo arrebataste todo!

—Yo no te quité nada, Laura —respondió Alfredo con voz serena, aunque sus ojos reflejaban tristeza—. Fuiste tú quien solo vio mi dinero en lugar de a mí.

Laura, desquiciada y amenazándole constantemente con disparar, mantenía una tensa conversación con Alfredo, quien trataba de hacerle comprender los errores del pasado. Era evidente que Alfredo era un hombre noble; un científico de familia acomodada, creador del prodigio de las máquinas del tiempo en una de sus múltiples empresas cuánticas. Durante aquel intercambio de reproches, quedó claro que Laura había ido tras su dinero. El origen de todo había sido un encuentro casual en un pub. Descubrieron que Alfredo, que realmente no disfrutaba de ese tipo de lugares, había llegado allí al azar, arrastrado por un conocido.

Se gritaron. Ella estuvo a punto de dispararle varias veces. Él le recordó que su relación había tenido momentos hermosos. Que se había enamorado de ella como nunca antes. Ella le echó en cara cómo la había abandonado,

frustrando, así, sus planes de casarse para controlar su fortuna familiar.

Mariano y la Laura de entonces no daban crédito a aquel drama que se desarrollaba ante sus ojos, tan revelador. Aquella mujer estaba totalmente destrozada. Lo confirmaron cuando escucharon que había perdido un hijo de ambos por un accidente doméstico. Un pequeño que venía en camino y que había sido su estrategia para que Alfredo no escapara antes de la boda.

Pero él era un hombre íntegro. Había visto la verdadera cara de Laura, su ansia de poder sin escrúpulos. Muy a su pesar, tuvo que abandonarla. Y eso la sumió en la locura transitoria y paranoica en la que se hallaba inmersa. Le recordó cómo se había aprovechado de una buena persona como Mariano, manipulándolo para que fuera su títere. Cómo había robado una máquina del tiempo y viajado allí para destruir su relación desde el principio.

Certificaron que Alfredo era quien había investigado todo y conocía cómo funcionaban las reglas de los viajes temporales. Ambos le oyeron asegurar sin titubeos que, si no llegaban a conocerse y la relación no se producía, ella y él no existirían puesto que esas versiones nunca habrían tenido lugar y el tiempo reescribiría todo al regresar.

Pero Laura había perdido el juicio. Era una mujer quebrada por sus malvados planes fracasados, solo buscaba venganza y autodestrucción. Matar a Alfredo y, si era necesario, acabar consigo misma al cambiar el pasado.

Y estuvo a punto de lograrlo. Cuando no había vuelta atrás y tomó la firme decisión de dispararle tras aquella acalorada discusión, éste accionó un extraño artefacto que los fulminó a los dos.

Mariano y Laura del 2000 quedaron estupefactos contemplando los cadáveres. No entendían qué arma había utilizado aquel hombre, sobrepasado por los acontecimientos, pero con la determinación suficiente para eliminar a quien había sido su amor antes de que pudiera causar más daño.

—Fue algo horrible, ¿verdad? —le dijo a Mariano con una mirada rayana en el llanto.

—Sí, pero por fin ha terminado —contestó, sin poder evitar abrazarla para reconfortarse. Aquella mujer le transmitía frescura y juventud.

\*\*\*

Detuvo el coche en doble fila cerca de su piso y la miró un instante.

—¿Subes, no? —susurró con cierta timidez—. Quiero decir... no puedes volver a tu propia época, ¿verdad? Si es que lo he entendido bien.

Mariano asintió. No tenía certeza de ello, pero tampoco dudas. Por lo que había insinuado Alfredo, si la relación entre él y Laura nunca ocurría allí, en el pasado, sus versiones futuras jamás llegarían a existir. El propio Mariano no era más que una ingenua versión nacida de ese hecho, que se había dejado manipular por Laura, tratando de consolarla y creyendo toda aquella historia sobre un supuesto ex despreciable.

—Sí —respondió saliendo de sus pensamientos—. Aparco y ahora subo.

Ella le dio un fugaz beso en los labios que prometía una relación. Bajó del vehículo y entró en el portal.



Él conducía feliz. Al fin y al cabo, esa Laura sí le atraía. No entendía del todo por qué, pero sentía que, aunque debería permanecer allí, en el pasado, todo iría bien. Una intuición le recorría el cuerpo, esas mariposas del amor volvían a revolotear en su estómago, llenándolo de esperanza.

Encontró sitio con facilidad. Reflexionó y se alegró de que apenas diez años atrás todo pareciera mejor. Esos pequeños detalles, como poder aparcar sin problemas en la gran ciudad, marcaban la diferencia.

Al salir del coche guardó las llaves en el bolsillo de su chaqueta. Entonces notó algo dentro. Un pequeño papel. Seguramente algún ticket de compra olvidado. Le echó un ojo mientras caminaba hacia el apartamento de Laura.

«Si he podido construir máquinas del tiempo, no me ha resultado difícil crear un modificador de voz».

Eso decían las primeras líneas de aquella nota arrugada. Entonces lo recordó todo. Sintió que, en el momento en que chocó con aquella supuesta versión de sí mismo, este le había tocado. Ahora no cabía duda de que, aprovechando la confusión, le había metido esa nota en el bolsillo.

«Creí más oportuno avisarte así. Pensé que harías más caso de ti mismo, o de quien creías que eras tú».

¡Claro! Alfredo se había hecho pasar por él. Ahora que hacía memoria, nunca llegó a verle la cara. Solo escuchó su propia voz en aquel extraño que le abordó en la oscuridad. Siguió leyendo con nerviosismo.

«Sé que eres un buen hombre. Solo quiero darte las gracias y decirte: TEN CUIDADO EN EL FUTURO».

Arrugó el mensaje igual que su semblante. Siempre le había costado tomar decisiones. Pero aquella vez fue distinto.

Cambió de dirección. Se alejó del portal de Laura.

Comprendió que Alfredo se lo había advertido con sutileza. Era una verdad que, en el fondo, ambos conocían. Dolía, pero era mejor así. Mariano lo manifestó en su mente con una expresión más coloquial:

«La cabra tira al monte».

Y se alejó, caminando por ese pasado que iba a ser su futuro. No sabía qué sería de él, pero tenía la certeza de que decisiones como aquella le ayudarían a construir un presente mejor.

# **POR MIS PISTOLAS**

**Tony Jim**

Era una misión sencilla, pero se la asignaron a Jim y acabó en un lío de microversos, bodas fingidas y malentendidos cada vez más grandes... literalmente.

*Vuelve el Piloto Jim a las páginas de Pandorum con una historia de universos contenidos dentro de otros universos, acumulando capa de absurdo sobre capa de absurdo hasta la catarsis final.*

*Está claro que Tony maneja la parodia como nadie, mediante diálogos frescos llenos de contrapuntos, equívocos y dobles sentidos extrañamente autoconscientes. Sin embargo, el ejercicio de especulación científica que hay en la base de cada uno de sus relatos me hace dudar cada vez más de su aparente simplicidad. Tienen ustedes que leer más aventuras del Piloto Jim —las que publicamos aquí son apenas una pequeña muestra—, en [tonyjim.com](http://tonyjim.com) encontrarán un gran surtido de relatos y libros para todos los gustos. Háganme caso, no se van a arrepentir.*

—Señor Jim, necesito su ayuda —dijo el profesor Jones.

—¿De qué se trata?

—Es sencillo, no necesitaré el TUP, en principio, así que no será un tema espaciotemporal.

—Algo es algo.

—Verá, necesito que vaya a Risa III a buscarme una cosa que me dejé olvidada allá.

—¿Tan sencillo?

—Bueno, seguro que a usted le surge alguna dificultad y lo acaba complicando todo.

—¿Y por qué no va usted mismo?

—Yo, al contrario que usted, tengo mucho trabajo y no puedo ausentarme así como así.

—Buueeeeno...

—Hay, eso sí, ciertas peculiaridades que atañen a su misión.

—A ver, cuénteme los detalles...

—Como sabrá, desde que la Federación adoptó el sistema capitalista para evitar su colapso, el acceso a Risa III está un tanto restringido.

—No sé, ya no me acordaba la verdad —dije yo.

—A Risa ahora solo permiten el acceso a parejas de recién casados que van a pasar la luna de miel.

—Pero si yo no estoy casado, vamos, que yo recuerde...  
—observé yo.

—Eso es, en esta realidad usted no está casado... Por eso le necesito, señor Jim. Busque a una de sus «amigas» que se haga pasar por su novia o esposa o algo así.

—Bueno, a alguien encontraré que pueda ayudarme.

—Perfecto, ahora le dejaré todo el material que creo que necesitará y le sigo contando.

Pues la agraciada para la misión fue mi amiga la bajorana Doctor Elora. Así que fui con ella a Risa III a esa importante misión de infiltración, recuperación y rescate:

—Aún no acabo de entender por qué he de ir con este vestido de novia puesto —protestó la Doctora.

—Ya le dije que debemos pasar desapercibidos y que ahora en Risa solo aceptan personas casadas.

—¿Y no podía falsificar un contrato matrimonial y ya está? Diría que las mujeres casadas no van todo el rato vestidas de novias.

—Era más divertido verla así. Digo... era más práctico que se disfrazara. Más realista, vamos...

—Ya conoce usted mi aversión a las bodas...

—No se queje tanto, que podría haber sido una boda betazoide.

—Eso no me hubiera molestado tanto, ya sabe que soy partidaria del naturalismo nudista señor Jim.

—Bueno, bueno, lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—¿Y que tenemos que ir a buscar exactamente en Risa?

—Ah, poca cosa, un maletín que se dejó olvidado el profesor Jones una vez que estuvo de juerga por aquí. Quiso volver después a buscarlo, pero luego ya solo permitían el acceso a recién casados. Cosas de la especialización

planetaria, supongo. Y, claro, no se iba a casar para recoger un simple maletín.

Así, llegamos a Risa III. No hubo ningún problema para pasar la aduana pertinente —no sé si ayudó el disfraz de novia o no—, tras lo cual, fuimos al hotel donde estaba el maletín:

—Pues esta es la habitación donde el profesor Jones dejó el maletín que tenemos que recuperar.

—¿Y cómo es que lo dejó?

—Tuvo que salir apresuradamente del planeta con lo puesto.

—Pues vaya...

—Bueno, abro yo y pasamos, que no voy a hacer lo típico de llevarte en brazos, que a pesar de mi corpulencia no estoy para levantar peso.

—¿Qué insinúa?

—No, nada, que soy muy flojo... Ya me conoce doctora —dije, traspasando el umbral.

—Bueno, voy a quitarme el traje este de novia... En el baño, no se haga ilusiones, que le conozco señor Jim.

—¿Qué pasa? Pero si yo no he dicho nada, ahora.

—Por si acaso... —dijo la Dra. Elora entrando en el baño de la habitación.

A los pocos segundos volvía a salir del baño, esta vez sin el vestido de novia, diciendo estas palabras:

—Mire, Sr. Jim, ya tengo el maletín y ahora entiendo muchas cosas...

—¿Qué quiere decir?

—Mire, mire, el maletín está lleno de ropa interior fe-

menina. Normal que por vergüenza se lo dejara olvidado...

—No conocía yo la afición al travestismo del profesor...

Entonces llamaron a la puerta:

—¿Quién es usted?

—Soy... Ah, aquí lo tienen —dijo un señor barbudo entrando en la habitación.

—Oiga... ¿Dónde va?

—Perdonen ustedes, pero he venido a buscar este maletín que me dejé olvidado. Soy representante de moda íntima, como habrán podido comprobar.

—Ah, usted perdone....

Cogió el maletín y se marchó por donde había venido.

—Bueno, pues ese no era el maletín... No sé la costumbre que tiene la gente de dejarse olvidados maletines en los hoteles.

—Ya veo, ya...

—Aquí está, debajo de la cama, como me dijo el profesor.

—Un momento, pero si ya sabía dónde estaba el maletín ¿por qué me deja hacer el ridículo?

—¿Yo? Es usted la que se está paseando por la habitación totalmente desnuda...

—¿Qué pasa? Le he dicho infinidad de veces que soy nudista-naturista; aparte de bajorana, claro.

—Pues mire, le hubiera ido bien algo de la ropa interior que ha encontrado...

—¿Qué insinúa?

—Y dale, que no insinúo nada. Solo era por comentar.

—Bueno, pues coja el maletín señor Jim y vayámonos. Tranquilo, que ya me pondré algo antes de salir; pero el vestido de novia otra vez, no, eso sí que no...

—No, si este tampoco es el maletín.



—¿Qué insinúa?

—Otra vez con las insinuaciones... No insinúo nada, afirmo; este no es maletín. Mmh... digamos que el maletín que hemos venido a buscar está dentro de este maletín.

—Ay, que gracioso, que es un maletín muñeca rusa, que dentro del maletín hay otro más pequeño.

—En cierta medida, nunca mejor dicho. Mire, doctora —dije abriendo el maletín.

—Anda, hay una esfera de cristal dentro.

—Bueno, no exactamente, en realidad es un micro universo creado por el profesor Jones. Hace un tiempo quedó aquí en Risa III con unos tipos para venderlo, cuando la entrada a Risa estaba más relajada. Pero entonces recordó que, cuando estuvo dentro, se había olvidado su maletín.

—¿Cómo?, ¿cuando estuvo dentro?

—Sí, cuando estuvo dentro del micro verso que había creado, se dejó un maletín con una cosa que necesita ahora... Así que me ha mandado a mí a recuperar su maletín, no este, si no el que está dentro del microverso.

—Menudo lío. Y ¿por qué no le lleva este maletín y ya está?

—Si fuera una misión fácil no me la hubiera encargado a mí...

—¿Seguro?

—Sí, además, ahora la aduana de Risa III es muy estricta y seguro que no dejan pasar ningún microverso...

—Ah, vale... ¿Y cómo vamos a entrar ahí? —dijo Elora señalando la esfera.

—Con esto —dije sacándomela y diciendo—: Se trata de una pistola reductora, invención del profesor, con ella nos reduciremos y entraremos a buscar el maletín del profesor.

Bueno, en realidad me ha dicho que con que le llevemos lo de dentro ya le vale, que es realmente lo que necesita.

—Bueno, usted sabrá señor Jim...

—Pues sí, así que arriba las tetas... Digo, arriba las manos —dije, disparando a la Doctora Elora.

Seguidamente yo mismo me disparé con la pistola reductora.

—¿Qué es eso de disparar sin avisar? —me recriminó la Doctora Elora.

—Le he dicho arriba... arriba las manos...

—Muy bonito... ¿Y ahora cómo entramos en la esfera?

—Tranquila, que para eso tengo el TUP —dije accionando el susodicho.

Y así aparecimos en una habitación de hotel idéntica a la estábamos hacía tan solo un instante.

—Ep, hemos vuelto a nuestro tamaño normal.

—No, doctora, estamos dentro del microverso creado por el profesor.

—¿Seguro? Yo lo veo todo igual...

—Sí, el profesor Jones no es muy imaginativo, en este micro verso suyo ha creado un hotel igualico al que estábamos hace un momento...

—¿Que no es imaginativo?

—Pues no, mira, otro maletín igualito al que teníamos antes, que igualmente estaba debajo de la cama...

—Pues vaya.

—Arriba las tetas... Digo, las manos, no sé en qué estaría pensando...

—Pero... ¿y esa pistola?

—La acabo de sacar del maletín este del microverso... Es realmente lo que hemos venido a recuperar...

—¿Otra pistola reductora? No me diga que hay que entrar en un micro verso que está dentro de un microverso que a su vez puede estar en otro microverso...

—No diga tonterías doctora, ni que esto fuera Origen.

—¿Qué?

—Sí, aquella peli del Di Caprio...

—No sé de qué me habla. Y deje de apuntarme con esa pistola... Que las carga el diablo.

—Lo siento, pero he de dispararte.

—Vale, vale, no me meteré más con usted señor Jim... por hoy.

—No, en serio, no insinúo nada, he de dispararte, lo necesitamos para salir.

—¿Qué quiere decir?

—Esto es una pistola agrandadora. No me pregunte para qué la usaba el profesor en Risa III.

—¿Qué insinúa?

—Que no me pregunte doctora... Y que no insinúo nada. Es una pistola agrandadora y punto.

—Pero...

—Sí, la necesitamos para salir, le dispararé y volverá a su tamaño normal. Y luego yo me dispararé y volveré al mío. Y luego saldremos de Risa III.

—Que misión tan absurda.

—Bueno, es la misión que tenemos. El profesor necesita la pistola agrandadora para... Para uno de sus experimentos; y se acordó que se la había dejado olvidada en el microverso que se había dejado olvidado, a su vez, en Risa III... O algo así. Yo, la verdad, empiezo a estar algo confuso...

—Pues anda que yo... ¿Y no nos dejan salir de Risa con un microverso, pero con una pistola, sí?

—Eso parece... Esta pistola agrandadora la hizo así, como con apariencia de juguete, así que no levantará ninguna sospecha en la aduana.

—Sí usted lo dice. Pero, entonces, ¿cómo salió el profesor Jones de este micro-universo en el que estamos si no tenía la pistola agrandadora?

—¿Es que se le tiene que explicar todo?... Realmente el profesor Jones tenía otra pistola agrandadora, iba a vender una aquí, que al final no vendió, pero se iba a quedar con la otra para salir del microverso, claro está. Lo que pasa es que la otra que sacó del microverso este no sabe dónde la ha metido, y ahora necesita una pistola agrandadora, como te decía, y al no encontrar la del macroverso nuestro, se acordó de que tenía otra que se había dejado olvidada en el microverso este que está en Risa...

—Menudo lío. No sé para qué pregunto...

—Ya le dije que no preguntara. Así que prepárese para volver a su tamaño normal y acuérdesse de ponerse algo antes de salir del hotel... No quiero que llamemos la atención.

Bueno, lo de no llamar la atención al final no lo conseguimos del todo, pues no sé qué pasó bien bien, si la pistola no estaba bien regulada o qué... Pero la doctora Elora apareció con unos pechos descomunales a la vuelta a su tamaño normal. Y yo... Bueno... También ciertas partes de mi anatomía aparecieron con un tamaño algo descomunal... Lo que me hizo pensar en para qué experimentos exactamente necesitaba el profesor Jones su pistola agrandadora.

Y no insinúo nada. En cualquier caso, mejor no preguntéis...

# **TODOS ERAN FERNANDO**

**Iván Guevara**

Walter solo intentaba sobrevivir en el inhóspito desierto de aquel planeta mientras buscaba a Fernando. Hasta que lo encontró... muchas veces.

*He de confesar que, para no aburrirme, prefiero variar el tema y los géneros sobre los que escribo —aunque estoy dispuesto a hacer excepciones, si me presentan una razón de más de dos ceros—. Así, explorando posibilidades, surgió «Todos eran Fernando», el único intento que he hecho nunca por acercarme al horror cósmico, género que no me apasiona demasiado, pero al que le veo cierto interés cuando no se empantana en enrevesadas descripciones. Mi proverbial cinismo hizo que el relato derivase pronto en terror psicológico y las únicas pinceladas de horror cósmico han quedado en la amenaza desconocida, en el giro final y en el hecho de que la historia suceda fuera de la Tierra. No se menciona el planeta, pero al lector habitual de CF no le será complicado reconocerlo. Y el que no, puede buscar el podcast Crónicas de Genteovejuna en iVoox o Spotify: en la versión de audio de este relato hay una pista musical bastante concluyente sobre la naturaleza del planeta. Y, ya que están, suscríbanse y escuchen también el resto de audiorrelatos, que están muy bien leídos y producidos, a pesar del autor.*

Hacia tres soles que vagaba sin rumbo por Sinus Meridiani. Tal vez penséis que debí haber esperado a que viniesen a rescatarme. Eso es porque nunca habéis visitado aquel lugar. Si lo estáis barajando como destino para vuestras próximas vacaciones ya podéis ir descartándolo, no sería una buena idea, creedme. Mi helicóptero —o lo que quedaba de él— estaba completamente destrozado. La radio estropeada y las luces inutilizadas. Hubiese muerto de frío, calor, inanición o deshidratación mucho antes de que logran localizarme. Aquello es un desierto inhóspito, apenas explorado, y muchas veces las condiciones climáticas lo hacen impracticable incluso para las naves de rescate.

El único equipo que había podido salvar era el uniforme que llevaba puesto y mi tubo de rayos —como si fuera a servirme de mucho en un sitio donde no había caza ni enemigos contra quienes utilizarlo—. Sin aparatos de medición mi única referencia era el Sol, así que aprovechaba los momentos en que era visible para comprobar que no me había desviado de mi trayectoria —caminaba hacia el oeste con la esperanza de llegar al último puerto turístico de Sinus, inaugurado por la Corporación Terrafutura años atrás—. Mis provisiones se habían reducido a dos barritas energéticas de 120 gramos y nada de agua. Nada de agua desde que mi helicóptero se había estrellado, así que id llevando la cuenta.

Las alucinaciones habían llegado a mitad del segundo sol, junto con la certeza de encontrarme perdido. Pensé en la ironía de haberme extraviado cuando en realidad mi misión era rescatar a Fernando. Pobre Fernando. No podía ni imaginar cuál habría sido su destino, teniendo en cuenta que llevaba perdido el doble de tiempo que yo —y a mí no me quedaba más que un resto de fuerza (y muy poco juicio), que me obligaba a caminar de manera automática, como un zombi—.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una imagen, a lo lejos, hacia el sur. ¿El sur es la dirección en la que apuntan las brújulas aquí?... ¡Da igual! Ni siquiera estoy seguro de que fuera el sur —no se veía el Sol— ni de que una brújula me hubiese sido de gran ayuda. La tormenta de la noche anterior había dejado una fina neblina rojiza que lo envolvía todo, pero pude distinguirlo en la distancia: Era un caballo. ¿Un caballo? ¿A quién demonios se le había ocurrido llevar caballos a aquellos parajes dejados de la mano de Dios? No me iba a detener a averiguarlo. Corrí hacia el animal —¿hacia el sur?— lo más rápido que pude. Si el caballo pudo sobrevivir, significaba que en alguna parte debía haber agua. Y seres humanos, claro, ya que era imposible encontrar caballos en estado salvaje por aquellas regiones.

A medida que me acercaba la niebla se iba haciendo más densa, me costaba distinguir la figura. Corrí con los ojos cerrados para que el polvo no me los irritara. Suponiendo que el caballo también estuviese perdido podría intentar montarlo, amarrarme a él. Dad por seguro que el animal sería capaz de orientarse mucho mejor que yo, aumentando exponencialmente mi chance de salir vivo de



aquel desierto. De pronto, fui aturdido por un fuerte zumbido, que me obligó a detenerme. Perdí el equilibrio y atiné a dejarme caer sobre mis rodillas. No sé cuánto tiempo pasé intentando estabilizar mi cuerpo para volver a ponerme de pie. Abrí los ojos.

No había nada. Ni niebla, ni caballo. Nada. Otra vez las alucinaciones. Estaba metido en una depresión del terreno —rodeado por paredes de roca— y debía salir de allí antes de perder por completo la percepción de realidad. Al principio, por las últimas lecturas de mi equipo, creí que se trataba del Airy, pero luego lo descarté ya que hay una ruta turística regular que pasa por allí y no hubiese podido dejar de ver las naves. Así que estaba en algún cráter sin identificar. Seguí andando hacia el sur porque noté que había un sector donde la cuesta no era tan empinada y podía ser escalada.

A mitad de camino vi un reflejo de agua.

¡Agua! ¡El agua que había estado bebiendo el caballo!

Intenté serenarme, sin interrumpir la marcha, para analizar fríamente la situación. No podía ser un espejismo porque no había sol —es más, las nubes que cubrían el cielo eran más densas de lo habitual—. También hay que decir que mi mente, como había quedado demostrado, no necesitaba de ningún fenómeno físico para desbocarse en fabulaciones.

A cincuenta metros, pude divisarlo claramente: Era un Lago. Un puto lago en el desierto. Demasiado bueno como para no desconfiar. Aunque, si el caballo era real, pudo haber acudido a abreviar en sus aguas y allí lo encontraría. Alucinación o no, no veía ningún otro sitio al que me apeteciera ir.

Aguas cristalinas, aunque turbias en el fondo. Fijaos qué curiosa es la mente humana: en lugar de abalanzarme a beber, me asomé al lago para ver mi reflejo. No preguntéis por qué, simplemente sentí el deseo de verificar mi aspecto luego de casi cuatro soles a merced del árido clima ecuatorial.

No lo vais a creer. No era yo... ¡El del reflejo era Fernando!

—No lo hagas —me decía Fernando, o su reflejo—. No lo hagas, Walter. No bebas. Es una trampa.

¡Otra vez las malditas alucinaciones!

Decidí no hacerle caso. Después de todo era obvio que él no estaba allí, pero el agua aún estaba por verse. Hundí las manos en el lago que no era una charca cualquiera, no vayáis a creer, tenía su buen par de metros de hondo por unos quince de diámetro.

El agua estaba tibia. Casi me alegré al comprobarlo. Si hubiese sido una alucinación estaría fresca, sería ideal, ¡pero estaba tibia! La temperatura justa que correspondía al clima de los últimos días. Hice un cuenco con mis manos y las elevé para beber. Imaginaos la culpa que debía sentir por no haber podido ayudar al pobre Fernando, que se me seguía apareciendo en el agua recogida en mis manos. Ya no hablaba, pero su expresión de pánico lo decía todo. De haber sido supersticioso habría creído en una aparición de ultratumba. Lo cierto es que la deshidratación podía explicar el delirio. Lo más probable es que nunca volviese a ver a Fernando.

—Lo siento, amigo —murmuré—. Dios sabe que hice todo lo que pude.

Y bebí. Bebí con avidez, con fruición, con ansiedad. Bebí como si estuviesen por prohibirlo. Inodora, incolora e insípida. Como tenía que ser. La más gloriosa combina-

ción de sensaciones a pesar de la temperatura o —quizá— gracias a ella. Bebí hasta hartarme y me tendí a la orilla del lago, entornando los ojos, aunque sin llegar a dormirme.

Me sobresaltó, rato después, un resoplido a mis espaldas. El caballo había regresado en silencio e investigaba mi presencia. Era un alazán de pelaje brillante y estaba limpio —a pesar de la tormenta de polvo—. Llevaba unas finas riendas de carrera sujetas a la cabeza. Lo dicho, debió haberse extraviado. No opuso resistencia cuando lo acaricié. Era obvio que estaba más que acostumbrado al contacto humano.

Mientras el animal bebía, aproveché para llenar mi cantimplora. Sujeté sus riendas con movimientos suaves y logré montarlo. Apenas se alteró. Cuando estuvimos listos, iniciamos la marcha. Al trote, para no cansar al caballo, llegamos a la cuesta del sur. La pendiente era menos pronunciada aún de lo que me había parecido desde lejos y hasta había un camino vagamente definido. Subimos sin dificultad.

Una vez en la llanura, aflojé las riendas y el caballo comenzó a trotar por su cuenta. Confié en su instinto. Si bien el cielo no se había despejado, logré ver los destellos de la puesta de Sol. Hacia allí nos dirigíamos. Poco a poco fui recobrando el sentido de la orientación y tomé nuevamente las riendas. Había comenzado a oscurecer y se veía una luz diáfana en el horizonte.

Ya se había hecho de noche cuando llegamos a Puerto Sinus Meridiani.

Bajé del caballo y entré a la oficina de información turística. La chica que me atendió se sorprendió por mi aspecto.

—¡Señor!, ¿de dónde viene en ese estado?

—Estuve perdido en el desierto... Me llamo Walter Meré. Sargento Walter Meré de la Base Militar Eos Chasma. Mi helicóptero se derrumbó, no sé bien dónde... Creo que necesito un médico.

Apenas podía tenerme en pie. La tensión acumulada en esos cuatro soles pareció liberarse de golpe, haciéndome presa de un cansancio incontrolable. La muchacha llamó a enfermería. No tardaron en venir a buscarme.

—Quédese tranquilo, señor —dijo un enfermero mientras me sujetaba del brazo para impedirme caer—. ¿Cuánto tiempo ha estado en el desierto? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Con gran esfuerzo pude mantener los ojos abiertos, pero la vista se me nublaba.

—Mi caballo. Lo he dejado fuera.

—¿Caballo? —pareció extrañarse—. Es imposible... ¿Quién traería un caballo hasta aquí?

—Lo mismo pensé yo —le dije—, pero evidentemente alguien lo trajo y se ha adaptado al...

De pronto pude ver con claridad.

¡El enfermero era Fernando!

—¡Fernando!, ¿qué haces aquí?, ¿cómo has logrado salvarte?

—¿Qué dice? Está delirando. Yo no me llamo Fernando —dijo Fernando—. Doctor, venga pronto. Necesitamos llevarlo urgentemente a enfermería.

Un médico acababa de entrar, junto a otro enfermero. El médico también era Fernando. Se le cayó un ojo cuando me miró y del hueco comenzaron a salir gusanos.

—Tranquilícese, por favor —dijo. Y más gusanos salieron de su boca putrefacta—. Prepara una ampolla de Valium.

El otro enfermero sacó una jeringuilla. Él también era Fernando agusanado. Y el primer enfermero. Y la chica. Todos eran Fernando muerto y en descomposición.

—Me dejaste morir —dijo un Fernando y la mandíbula inferior se desprendió de su cara.

—¡Perdón, amigo! No pude hacer más...

—Lo pagarás, Walter —dijo otro de los Fernandos.

Me rodearon. Una nave turística acababa de descender en la pista de aterrizaje. De pronto supe dónde estaba. Aquella era la antesala del Infierno. Fernando no era mi amigo, eran demonios con forma de Fernando que habían llegado para arrastrarme a la muerte.

Empuñé mi tubo de rayos y disparé contra uno de ellos que salió expulsado hacia atrás, aterrizando sobre la camilla que habían traído para mí. No volvió a moverse. ¡Los demonios podían morir!

Disparé contra otro que cayó carbonizado. De la nave turística comenzó a bajar más gente. Y todos eran Fernando. Una legión de Fernandos clamando venganza.

Me volví para acabar con los dos que quedaban en la oficina y salí para enfrentarme al resto. ¡No lo tendrían nada fácil!

Disparé contra todos los Fernandos que gritaban horrorizados. Algunos corrían a ocultarse tras los edificios o las rocas cercanas. Ya no me atacaban. Igualmente seguí disparando hasta asegurarme de haber eliminado a la primera línea de zombis Fernandos y luego monté en el fiel alazán, que había acudido en mi ayuda.

Huí nuevamente hacia el desierto. Allí les sería más difícil localizarme y yo ya conocía un poco mejor aquellos parajes. Al menos sabía dónde encontrar un lago. El caba-

llo galopaba como un poseso. Casi no necesité guiarlo, conocía el camino mejor que yo.

Cuando llegamos al lago, comenzó a corcovear hasta que me derribó y fui a dar a las aguas, donde me hundí perdiendo el conocimiento.

Varios soles después, un policía uniformado se acercó a la orilla.

—¡Sáqueme de aquí! —le dije.

—¿Y esto?... ¿Quién eres tú?

—Sargento Walter Meré. Base Militar Eos Chasma.

El hombre no parecía escucharme.

—El loco de la masacre del puerto turístico. —No sé si lo dijo o lo pensó—. Llevamos tanto tiempo buscándote que ya te veo hasta en mi reflejo.

El policía hundió su cantimplora en el lago para llenarla. De pronto comprendí lo que iba a suceder.

—¡No haga eso! —grité desesperado—. ¡No beba el agua, es peligrosa!

Haciendo caso omiso, pegó un buen trago.

—¿Me hablabas? —preguntó otro policía que también se estaba acercando a llenar su cantimplora.

—Nada —dijo el primero—. Delirios del desierto.

Me dejaron solo, pero supe que pronto volvería a saber de ellos.

# **¿PUEDES SER MÁS EXTREMO?**

**Gabriel Benítez**

Todo empezó con una simple pregunta: ¿Puedes ser más extremo? Un reto viral que no hace más que escalar... hasta lo más extremo.

*Gabriel Benítez (1969) es un escritor y ensayista mexicano de ciencia ficción y fantasía con obra publicada tanto en su país como en Argentina y España, donde ha sido finalista de los Premios Ignottus. Su novela Guerreros del aire (Ediciones B) fue adquirida para adaptarla a un largometraje animado.*

*En el siguiente relato, con el que debuta en Pandorum, construye una sátira distópica a la actual cultura de redes sociales y espectáculo extremo. Mediante un humor negro grotesco pero afilado, Benítez cuestiona la banalización del horror y nos habla del poder destructivo de la estupidez mediática. Un relato que no olvidarán fácilmente.*



Las imágenes que van a ver son imágenes de verdadero horror. Imágenes impactantes que han recorrido el mundo de forma viral y que han captado a una joven holandesa entrando, disfrazada de enfermera, a los cuñeros de un hospital para realizar un acto innombrable que ha dejado aterrorizado e indignado al mundo entero.

Así es, Julio, esta joven entró en el día de ayer al Hospital de Arhem —disfrazada de enfermera para no ser detectada—, logró infiltrarse nada menos y nada más que hasta los cuñeros del hospital donde una media docena de niños recién nacidos se encontraba en resguardo; los bañó con gasolina, que portaba dentro de una cantimplora, y los prendió fuego, mientras grababa con su teléfono celular, en vivo, para después lanzar un reto al final a su público de redes sociales: *¿Puedes hacer algo más extremo?*

Así es, Amelia, las imágenes son monstruosamente perturbadoras. Después del hecho, la policía arrestó a la joven que, con una sonrisa en su cara, se dejó conducir sin más a la patrulla. La gente pide pena capital para esta joven, pero las leyes del país no contemplan este castigo. El reporte indica que ninguno de los infantes pudo ser recuperado vivo y seis familias están totalmente destrozadas.

Pero no es el final de la nota, Julio, porque todo parece indicar que este no es un caso aislado, sino que está conectado con una serie de otros videos donde sus protagonistas

se graban realizando acciones terribles de asesinato, muerte y mutilación, que después suben a las redes para retar a que alguien de los espectadores pueda superarlos.

La Interpol y su división para crímenes en la red ha lanzado una alerta internacional sobre este mortal y espantoso reto, que parece haber comenzado con un chico empujando a un canal a una mujer ciega y a su perro para después retar: *¿Puedes hacer algo más extremo?* De ahí, el reto ha ido escalando en nuevos videos, que diferentes usuarios del mundo suben a la red con el mismo desafío final para el siguiente.

Según Interpol, son ya más de trecientos videos con contenido de verdadero espanto. En España, una niña de 11 años y sus primas arrancan los ojos de un gatito bebé frente a la cámara de su celular. En Suiza, un salón escolar entero se graba aventando por las escaleras a un amigo en silla de ruedas que, por cierto, salió ileso. En Corea, en cambio, una ama de casa mata a su hija pequeña, se graba cocinándola y después dándosela de comer a su propio marido, quien no sospecha lo que está almorzando.

Exactamente, Amelia, y para platicar de ello tenemos de manera remota en el estudio a Lorenza Primas, doctora y profesora de psicología de la Universidad de Florida, para que nos explique cómo se desarrolla y funcionan estos retos virales. Adelante, profesora.

Buenas noches, Amelia, Julio. Si, los retos virales son «juegos» que tienen su origen en las redes sociales o aplicaciones de mensajería como *WhatsApp* y que invitan a los usuarios a repetir cierta acción como diciendo «a ver si te atreves» o «a ver si te sale». Estos retos suelen ser acciones complicadas o con cierto riesgo para que los usua-

rios se enganchen y traten de imitarlo, compartiendo el resultado.

Pero ¿qué elemento detona que la gente pueda atreverse a hacer cosas tan monstruosas como lo de los bebés en Holanda o la madre de Seúl, profesora? Porque eso ya es otro nivel. No se trata de bromas, sino de asesinatos y mutilaciones.

Así es, Julio. Aún no se sabe a ciencia cierta el mecanismo que activan estos retos en ciertas personas con problemas o enfermedades mentales. Se ha especulado con una especie de histeria colectiva, como la epidemia de baile que ocurrió en Estrasburgo en 1518, donde una mujer conocida como *Frau Troffea* —*Frau* significa señora— salió de su casa temprano en la mañana y comenzó a bailar sin causa aparente y sin poder detenerse. Al principio, los habitantes de Estrasburgo solo la miraban bailar, pero no pasó mucho tiempo hasta que un grupo cada vez más grande de personas se uniera a ella en una danza de locura que solo se detenía cuando las fuerzas de sus cuerpos menguaban y caían desmayados. Pero en cuanto despertaban, volvían a bailar hasta el agotamiento o la misma muerte. Fueron más de quinientas las personas las que se unieron a esa danza mortal. ¿Puede estar pasando algo similar con estos retos virales? Es muy posible, pero aún no entendemos muy bien el mecanismo.

¿Podemos esperarnos más muertes derivadas de estos retos en el futuro cercano, doctora?

No quiero ser alarmista, pero puedo asegurarles que sí. Como ejemplo, permítanme mover mi cámara y mostrarles. El caniche que está clavado en la pared del fondo es mi perra Tonia, que maté y clave ahí en la mañana y si nuevo

esto un poco más, esa es la chimenea y adentro esta mi niña de 5 años que...

## TECHNICAL DIFFICULTIES. PLEASE STEND BY

—*iFuck, man!* ¡La loca esa mató a su hija y a su perra! ¿Lo viste? —dijo Marcus señalando a la pantalla de la Tablet colocada sobre la consola de control.

—*iShit, man!* ¡Qué mujer más loca! —dijo Pablo mientras apagaba la pantalla donde ambos habían estado viendo las noticias nocturnas del canal 53—, Ojalá no haya visto esto mi mamá. Ella ve las noticias de la noche y es muy impre...

En ese momento, las luces de alerta de la consola comenzaron a sonar e iluminaron de rojo el pequeño cuarto de controles donde se encontraban. De inmediato, Marcus sacó de debajo de su asiento dos libros de metal y uno lo pasó a su compañero a toda velocidad.

—¡Señor, sí, señor!... —decía Pablo al teléfono mientras abría uno de los libros en una página en particular—. Clave de identificación: Tango...dos...tango... alpha... bravo... tango. ¡Sí, señor!... ¿Qué? ¿Está seguro señ...? ¡Señor, sí señor! Clave de protocolo... Alpha, dos, bravo, tres, tango, tango, alpha. Correcto, señor.

Pablo hizo una señal y, de una caja metálica a su lado, Marcus obtuvo dos pequeñas llaves. Le pasó una a su compañero.

—Clave de acceso, señor. Si. Cinco... cinco... ocho... cuatro... cuatro...

Marcus sintió que el alma se le caía a los pies. Miró a Pablo con ojos aterrados, pero su compañero estaba con-

centrado presionando en un teclado numérico de la consola los números que estaba recibiendo de...

Todos los sistemas se encendieron en azul.

—Código azul abierto, señor, estamos listos.

Los dos colocaron al mismo tiempo sus llaves en las cerraduras. Pablo volvió hacia Marcus la mirada y dijo:

—En tres. Uno... dos...

*¿Qué? ¿Qué había dicho? ¿En tr...?*

—¡Tres!

Ambos giraron sus llaves hacia la izquierda y el color de la consola cambió. Ahora era verde. Verde desastre.

—Se han lanzado los proyectiles, señor —dijo Pablo. Marcus sintió que el estómago se le volvía un nudo. Tuvo ganas de vomitar. ¡¿Qué habían hecho?! La respuesta le cayó de golpe y sintió ganas de vomitar. En ese pequeño cuarto, él y Pablo habían comenzado la tercera guerra mundial. Un soldado negro de Alabama y un latino de Florida habían comenzado una tercera guerra mun...

Marcus vomitó. Vomitó completo el burrito que se había comido no hacía más de veinte minutos. El burrito que la mamá de Pablo había preparado para él. El último burrito del mundo entero.

Cuando todo su estómago se vació, miró a Pablo. A Marcus todo el cuerpo le temblaba, pero quedó anonadado al ver a su amigo, con los ojos abiertos, sosteniendo el teléfono aún sin colgar.

—¿Sabes lo que acabamos de hacer, *man*? —dijo Marcus. Pero Pablo continuaba con los ojos fijos en la nada, inmóvil.

—¿Qué pasó? ¿Qué ocurre? —preguntó Marcus.

Pablo lo miró.

—Era el presidente —dijo, anonadado—, Me preguntó...  
me preguntó...

—¿Qué? ¿Qué? ¡Qué jodidos te preguntó!

—Me preguntó si creía yo que... *¡alguien pudiera hacer algo más extremo!*

# **LLAMANDO DESDE LA BASE**

**Blanca Mart**

En una Ciudad de México devastada, Aura custodia el último conector espacial. Solo un hombre puede ayudarla a salvar a millones... o destruirlo todo.

*Nuestra apreciada Blanca Mart nos sorprende con una emotiva historia con trasfondo ambientalista y sabor mexicano (país muy querido por la autora). Nos sitúa en un mundo postcataclísmico que pronto se convierte en escenario de un drama humano e interplanetario. La historia fluye entre el lirismo y la acción, con un sentido del ritmo digno de los grandes maestros del género. Un cuento luminoso y esperanzador, incluso en una realidad tan sombría. Pasen y lean, señoras y señores, y luego aplaudan de pie.*



Era de noche.

*Yo estaba en la esfera, en lo alto de la Torre, ya saben, la que antes se llamaba la Torre Latinoamericana. Bajo ella el suelo era sólido como nunca lo había sido. Era una zona perfecta, desde ahí se dominaba todo el lago y las vías que se desparramaban por la ciudad y que conectaban, más o menos, con las diminutas ciudades que se habían creado en los alrededores. Así se veía el paisaje: un vaso de cristal roto, y los cristales, diseminados aquí y allá, agrupándose para sobrevivir... Qué curioso, si ahora pudiéramos sobrevivir sería un milagro de la naturaleza. No. De la naturaleza, no. Ella ya estaba harta de nosotros.*

Habíamos construido sobre la Torre otro tanto como su tamaño y los diferentes departamentos se abrían a la luz y a las flores que crecían sobre las aguas.

Estaba sola en el edificio. Allí, en la esfera transparente que llamábamos la Sala Central. Una sala llena de computadoras modelo G.24-GR, las mejores. También teníamos un tesoro, un tesoro invaluable: un conector espacial. Si encontrábamos vivo a alguien que supiera usarlo podríamos comunicarnos con la estación más cercana a Marte. Al parecer, era la única que quedaba. Los satélites, nuestros queridos controladores, nuestro *Gran Hermano*, ya no existían... o no funcionaban o daban vueltas Dios sabe en que órbitas.

Era la una de la madrugada y la persona que esperaba no aparecía. La luna se deslizaba en la oscuridad. Era grande y plateada, con tonos naranjas y reflejos de nostalgias. Abajo, en las chinampas, se veía cierto movimiento y, entonces, sonó una campana; una campana sujeta a un cable en el más tradicional estilo; pese a todo, sonreí: «El más puro estilo *Mad-Max*».

Conecté la computadora de la entrada. Allí estaba: las sombras dibujaban la silueta de un hombre.

—¿Clave? —pregunté.

—¡Vamos, Aura, no seas tan formalista!

Parecía su voz.

—Clave —repetí, sin pizca de humor.

—R-415. Cita a la una. *Tatuaje*.

—Entra.

Le di paso. Aún tardaría un rato en llegar a la tercera plataforma. De allí al segundo piso eran senderos de cemento con algún que otro obstáculo. Caminando hasta la esfera llegaría en unos diez minutos.

Me arreglé el cabello. Estaba nerviosa. Hacía dos años que no le veía. Desde la catástrofe. Desde el día en que nos miramos y, sin decírnoslo, supimos que nos amábamos.

Aquel día la Tierra había temblado. Se había destrozado a sí misma y, abriéndose en una locura suicida, había arrasado la obra del hombre. Justo en el momento en que unas lluvias huracanadas —imposibles en cualquier código meteorológico—, se estaban desencadenando sobre el planeta. Los ríos crecieron y los arroyos se transformaron en ríos. Las lagunas ocultas saltaron hacia el exterior y se apoderaron de la tierra. Los pantanos y las presas brillaron gozosos y cubrieron las ciudades.

Dos años. Dos años de aquello. Los *ricos*, a Dios gracias, habían desaparecido —quién sabía dónde estaban—. Los científicos sobrevivientes se buscaban unos a otros, como hormigas atacadas en su punto vital. «No hay explicación lógica», decían.

Pero allí estábamos y a mí no me gusta perder el tiempo, ya que lo teníamos. Ya que teníamos la inmensa suerte de seguir vivos en una naturaleza que nos habíamos aplicado en destrozarnos. Tengo que reconocer que prefería aquello a una explosión nuclear o a otra de las cosas que somos capaces de poner en marcha.

Dentro de la Torre teníamos nuestro *pan*, o sea: generadores y conectadores energéticos y también aquella maravilla que nos contactaría con la base Ariana, la única que existía. Con ello, aunque no estaban las cosas para gastar mucha luz artificial, podríamos proporcionar energía a los hospitales de todo el país. Solo para eso se podría usar este tipo de energía. Y ahí entraba Juan. Él había estado en la base, él sabía usar el conectador, el LUM-3000. Juan era de los pocos que reunían dos requisitos imprescindibles: conocimiento técnico y odio a todo lo que destruía la naturaleza.

Nos había costado mucho encontrarlo, pero allí estaba.

Cuando entré en la sala Central, me enfurecí conmigo misma: mi corazón latía demasiado rápido. Aspiré aire y saludé:

—¿Juan? ¿Juan Hernández, alias *Tatuaje*?

—Ese mero.

—Juan, tenemos que contactar con la Ariana. Si lo hacemos ya nadie podrá interferir. Con los hospitales funcionando, ya podríamos organizar todo lo demás...

—Me gustan los saludos románticos —rio.

Ahí estaba: Alto, moreno. El cabello negro y largo sobre la espalda. La voz dulce y el gesto pausado; y a mí me dolía el alma solo de verlo.

—Tenemos mucho trabajo —dije.

Él se acercó directo a la máquina.

—Está bien —contestó—, luego nos saludamos. Necesito el programa.

Se lo di. Sonreía levemente cuando lo metió en la máquina. No contactó con la Ariana; solamente se puso a copiarlo.

—Por qué haces eso? —me alarmé.

—Confía en mí —murmuró acercándose.

Y cuando me besó, comprendí que era un androide. Me aparté furiosa intentando coger mi láser, pero su fuerza era tremenda. Me sujetaba las muñecas y sonreía.

—Modelo Asiatik 201. ¿A que casi crees que soy un humano? Me voy a llevar tu original y una copia y, quizás, el aparato.

—No funciona en ningún otro lado —grité—, mucha gente moriría sin necesidad.

—Hago mi trabajo —sonrió—. Además, ya no quedan tantos humanos... es cuestión de tiempo... no vale la pena que te aceleres...

Aún pude ver su mano que se acercaba a mi cuello y, entonces, me desmayé.

Base Ariana, 2050

*Un día se me olvidará como era mi país, y las palmeras y el azul del mar. Y las ciudades y los zócalos, los rascacielos y las fuentes y las plazas se desharán como*

*en un sueño y creeré que era algo que solo existía en mi corazón y que había inventado para alegrar mi vida en esta base espacial cercana a Marte.*

—Pancho, diablos, otra vez soñando.

—¡Vete a la chingada!

—Pues fíjate que nos vamos a ir todos. Ahí llega la jefa.

La jefa: Capitana Guadalupe María Morales, una profesional de primera. Una profesional que ignora absolutamente lo que quiere decir *sentido del humor* y a la que no le gustan los mal hablados.

—¡Francisco Díaz!

—Sí, capitana.

—La próxima vez que lo vea soñando o que oiga que se expresa inadecuadamente, le envío a dar una vuelta por el espacio.

—Sí capitana.

Entonces sonó la alarma. Y los meteoritos pasaron en una lluvia imposible y en una cantidad absurda y el Universo jugó por unos segundos a desperezarse y cuando todo pasó, la capitana y Pancho luchaban desesperadamente por controlar aquel infierno. Ella salió de la base y luchó —una hormiga en el espacio— y entró y estabilizó la nave, una pequeña taza en la danza de los gigantes.

Murieron varios en el desastre, entre ellos la capitana.

—A ti te encargo, Pancho —le dijo. Debes conseguir contacto con la Tierra. Ellos estarán peor que aquí. Ahora piensa en tu país, va a necesitar una arregladita. Y nosotros tenemos la energía.

—Qué la chingada, jefa. No se me muera ahora.

—Qué la chingada Pancho. Que no hables de esa pinche forma.

Luego, sonrió suavemente y murió.

Hay que reconocer que Pancho le hizo un magnífico entierro al estilo espacial y nunca volvió a hablar groseramente, bueno, casi nunca. Luego se hizo cargo de todo. Mandó al mejor cibernético, Juan *Tatuaje* a Tierra y pasaron dos años antes de que volviera a tener contacto con él.

—¿Cómo está México, Juan?

—Precioso, como siempre. Se respira bien y hay flores y agua por todos lados. Estamos construyendo en las microciudades, pero —rio—, un poquito de energía nos vendría bastante bien.

—Ya sabes, no puedo mandar la energía hasta que conectes el LUM-3000.

—Solo queda uno. Ya sé donde está —había contestado Juan—. Está en la Torre y Aura, a cargo. Esta noche me han arreglado una cita con ella.

Pancho no contestó de inmediato.

—Ya. Pero si conectas para decirme eso vas a necesitar mucha energía... ayer hablamos lo mismo.

—¿Ayer? Pancho, esta es la primera vez que he podido conectar en dos años que llevo aquí. ¿Pancho?

—Sí, aquí estoy, pero despídete de los hospitales y demás historias porque hay otros que saben de esto. Tienen cita con Aura. Corre, no creo que ella quiera pactar.

No. Ella no era de las que pactaban. Ni con los del poder ni con los androides ni con nadie.

«Ya hemos jugado bastante —decía—, ya hemos destruido la naturaleza, hemos provocado cataclismos. Ahora tiene que ser diferente».

Corrió como un gamo, el cabello revuelto, mecido al viento de la noche, cruzando las avenidas abandonadas y las pequeñas calles reconstruidas. Algunos androides hablaban con humanos en las plazas. La luna brillaba enorme y naranja y él sabía que amaba a aquella mujer y que no llegaría a tiempo de salvarla.

Llegó al Centro, se trasladó a través de las chinampas y se detuvo frente a la Torre. No había forma de entrar, pero él era un animal cibernético y tenía sus recursos. Tardó solamente cuatro minutos en abrir las puertas metálicas.

Cuando entró en la sala Central de la esfera, estaba preparado para lo que vio. Aura, en el suelo y un androide gemelar, un clon de él mismo, intentando contactar con la base en Marte.

—Había jurado no volver a matar a nadie —musitó, y disparó su láser. Su copia cayó al suelo con el cráneo destrozado.

Ella estaba inmóvil, tranquila, quizás en esos extraños caminos que imaginamos, dispuesta para esa eternidad que nunca había temido; el cuello delicado reposando en forma extraña. El hombre se limpió el rostro que —no sabía por qué— tenía mojado y se puso a trabajar en LUM-3000.

—Aquí base Ariana (Zona galáctica de Marte). Pancho: Clave 23986-GFKIOEM.

—En contacto. ¿Todo bien?

—Aquí *Tatuaje*. El LUM funcionando. Puedes enviar energía.

La energía fue llegando despacio, cargando las zonas determinadas por Aura, en todas las microciudades. Los

cristales brillaron en un sueño de lunas y la esperanza volvió a cubrir los valles.

Cuando salí de detrás de la cápsula metálica de protección en la que me había ocultado y puse mi mano en el hombro de Juan, estuve a punto de reír al ver su cara bañada en lágrimas y estupefacta.

—Yo también tenía una androide-clon, ¿recuerdas? —le dije—. ¿O crees que soy tan imprudente de recibir a un extraño, por mucho que tenga tus encantos, y dejarle jugar con esta computadora? Ella es la luz y la vida. Vamos, perezoso, hay mucho trabajo.

La luna naranja brillaba intensamente cuando nos abrazamos.

Y desde las chinampas subía una canción.



# **SENTIDOS**

**Juan Carlos Fernández**

Una pareja de humanos es abducida por unas criaturas para un experimento físico, sensorial, sexual... brutalmente humano.

*«Sentidos» es una experiencia intensa, que juega con el imaginario clásico de abducción alienígena y lo sube de nivel, hasta una zona oscura donde placer y dolor juegan con los límites de la mente. Juan Carlos Fernández —autor harto conocido por nuestros lectores— se atreve en esta ocasión con escenas extremas, incómodas y cargadas de ambigüedad moral; con un subtexto que plantea una crítica, pero sin sermones, a la manipulación de lo biológico y a la objetualización del cuerpo humano. No es un relato para estómagos delicados. Están ustedes advertidos.*

Un gran cerebro en el interior de un cuerpo artificial, esférico y rodeado casi en su totalidad por ojos que le permiten verlo completamente todo. Alrededor de la criatura, en su ecuador, cinco extremidades dobles; unas apuntando al suelo, haciendo la función de patas y las otras, hacia arriba o a los lados, como brazos multifuncionales, aunque para la criatura es extremadamente sencillo cambiar de posición. Ellos no tienen la concepción de delante y detrás, izquierda y derecha o arriba y abajo. A pesar de ello, siempre saben dónde están.

De cada uno de sus *polos* sale una especie de cable membranoso que la mayoría de las veces mantienen oculto y con el que, sin embargo, pueden alcanzar metros de distancia y que les sirve para conectarse a fuentes de alimentación para sus cerebros, alcanzar objetos y animales o usarlos como armas, ya que pueden soltar una descarga y dejar fuera de combate a casi cualquier ser. También les sirve para conectarse al cerebro de otras criaturas y controlarlas. El soporte vital y regenerativo de estos seres les permite vivir siglos, llegando a ser la clonación de sus cerebros, su único modo de reproducción.

Se comunican mediante la telepatía. Quitando la visión y el oído —todas sus extremidades les sirven de antena para captar sonidos y vibraciones a enormes distancias—, han perdido completamente el resto de los sentidos que

sus antepasados poseían milenios atrás. Es por esa razón que han buscado por todo el universo seres que tengan dichos sentidos. Y, aunque en múltiples mundos han llegado a encontrar criaturas capacitadas, eran tan primitivas que no podían experimentar tal y como hubiesen deseado.

Hasta que encontraron aquel mundo en los confines de las estrellas, donde estaban aquellos bípedos que, a pesar de ser enormemente primitivos, habían logrado crear civilizaciones y conquistar su mundo, llevándolo casi al colapso. Incluso estaban dando los primeros pasos más allá de la atmósfera y gravedad de su planeta. Esos animales eran perfectos para la experimentación.

Primero enviaron pequeñas sondas, imposibles de detectar para su primitiva tecnología. Más tarde crearon, en sus naves, cubículos con la gravedad y la atmósfera adecuadas para poder observarlos más de cerca. Entonces solo tuvieron que alargar sus tentáculos, escoger al azar a algún individuo y llevarlo a cualquiera de los muchos mundos colonizados para poderlos estudiarlo detenidamente.

*El coche se paró de golpe, ni siquiera los faros funcionaban. La pareja se encontraba en una carretera solitaria en medio de la nada. Era una noche de luna nueva, tan solo los iluminaba la luz de las estrellas. Tras varios e infructuosos intentos, decidieron llamar al servicio técnico, pero tampoco los móviles funcionaban. Antes de que el pánico se apoderara de ellos, quedaron cegados por una luz tan intensa como la del sol, sintiendo cómo el vehículo era impulsado hacia arriba.*

*Aterrorizados, se abrazaron sin comprender lo que les estaba ocurriendo. La falta de oxígeno los hizo soltarse de golpe por un momento y se miraron pensando que su hora había llegado. Volvieron a abrazarse con más fuerza, pero unos extraños brazos tentaculares los rodearon, sacándolos a cada uno por una puerta distinta. Nada más salir del coche, este desapareció ante sus ojos.*

*La noche había vuelto a adueñarse de la carretera cuando el coche se estampó contra el suelo, convirtiéndose automáticamente en chatarra y disparando la alarma antirrobo, pero sin rastro de sus ocupantes.*

*Aquellos extraños tentáculos, que parecían salir de todas partes, se metieron por dentro de la ropa, atrapando y rodeando solo sus cuerpos y extremidades desnudas, sin llegar a dañarlos. Los tentáculos se inflaron hasta hacer trizas la ropa él y de ella que, casi inconscientes, quedaron completamente desnudos. Otro tentáculo, que se dividió en tres filamentos, se introdujo tanto en sus bocas como por sus fosas nasales y el oxígeno volvió a inundar los pulmones de los pobres humanos que, atrapados e impotentes, uno enfrente de la otra, se miraban aterrorizados sin siquiera poder gritar.*

*Semiinconscientes, apenas se dieron cuenta de cómo cambiaban de escenario después de todo lo ocurrido. Tanto los pasillos como la nueva sala a la que fueron llevados eran igual de asépticos. Dicha estancia era circular, una semiesfera totalmente cerrada. Los tubos introducidos en sus orificios, que les habían permitido respirar —a la vez que recogían datos del interior de sus cuerpos*

*para ver cómo funcionaban sus órganos—, les fueron retirados, ya que el recinto estaba acondicionado para la vida humana. Ya entonces, eran incapaces de soltar un solo grito de terror, ni siquiera cuando aparecieron, de la nada, las criaturas que les habían capturado.*

*Los humanos no sabían si aquellas criaturas estaban vivas o eran seres artificiales, con tantos brazos por todos lados y los ojos rodeando sus esféricos cuerpos.*

*Imposible saber cuánto duró aquella tortura. Sus captores desaparecieron de la misma manera que habían aparecido y los brazos tentaculares, que los habían mantenido inmovilizados y suspendidos en el aire durante el examen, depositaron sus desnudos cuerpos sobre aquel suelo tan blando que casi parecía orgánico.*

*Durante unos segundos solo se escucharon sus agitadas respiraciones. Apenas tuvieron fuerzas para acercarse a gatas y agarrarse las manos, mientras se dejaban caer sobre al aquel suelo, llorando por su extraña y macabra suerte.*

*La luz que los envolvía disminuyó y el agotamiento por las terribles horas sufridas hizo mella en ellos. Poco a poco el sueño terminó alcanzándoles.*

*Al despertar, la luz había vuelto a aumentar, tenían la boca seca y sus estómagos vacíos, en el suelo se había creado un agujero con agua transparente en abundancia, donde los dos rehenes pudieron, por fin, saciar su sed. También habían aparecido aquellos objetos de distintos colores y formas circulares que parecían extraños frutos; pronto descubrieron que eran comestibles, aun-*

*que de sabores un tanto insípidos. Al menos les hicieron poco a poco recuperar sus mermadas fuerzas*

*El primer día se les hizo eterno, esperando que volvieran a aparecer aquellos terribles tentáculos o las malditas criaturas que los habían estado torturando, pero nada de eso ocurrió.*

*La luz fue bajando nuevamente en intensidad. Hombre y mujer se abrazaron. Él no pudo reprimir una erección. Ella le sonrió. Tampoco había nada mejor que hacer en aquel extraño cautiverio.*

*En el transcurrir de los días comprobaron que sus heces y orines, desaparecían con la misma facilidad con la que aparecían sus extraños alimentos.*

*A veces hablaban de la vida que habían tenido y a la que no sabían si regresarían, de quiénes eran esas criaturas que habían visto al llegar y si tratarían de ponerse en contacto de algún modo con ellos, o de si se encontraban en alguna especie de zoológico. Hipótesis, conjeturas y miedo a tantas preguntas sin respuesta. Una insólita paradoja. Tal vez estaban en una especie de granja y pronto serían sacrificados como cerdos. En cualquier caso, solo podían esperar en su prisión.*

Durante todo el viaje, los alienígenas observaron el comportamiento de sus nuevas mascotas, que fueron trasladadas a uno de los numerosos mundos que habitaban. Su forma de actuar les resultaba extraña: esos cuerpos biológicos con tan solo cuatro extremidades y dos ojos, la forma de alimentarse, los ruidos que hacían por el mismo orificio por el que se alimentaban y de cómo se veían obligados a

expulsar parte de los alimentos que la misma prisión generaba para mantenerlos con vida, al igual que la atmósfera que respiraban.

La *jaula* fue llevada a una instalación desde donde los alienígenas pudieron seguir con sus investigaciones. Durante algún tiempo se limitaron a observar. Vieron cómo una nueva vida empezaba a crecer en uno de los especímenes. Ninguna de las criaturas sabía nunca que habían estado a punto de ser padres. Durante el proceso de reposo, el embrión sería extirpado, para su observación y estudio, sin que fueran conscientes de lo ocurrido.

Volvieron a revisar los actos de aquellos curiosos especímenes, hasta averiguar como habían conseguido reproducirse sin ningún tipo de tecnología. Volvieron a entrar, siempre aprovechando las horas de reposo en las que les era imposible despertar, y les extrajeron más fluidos para su estudio.

Pronto supieron, mejor que sus dueños, cómo funcionaban aquellos extraños cuerpos biológicos, aun así, todavía les quedaban muchas preguntas.

*Como ya ocurriera al principio de su cautiverio, volvió a suceder lo que los humanos más temían. Dos de aquellas extrañas criaturas cilíndricas reaparecieron de la nada. Intentaron resistirse, pero fue del todo imposible. Haciendo uso de la mayor parte de aquellas extremidades tentaculares, les inmovilizaron los brazos y la cabeza sin que tuvieran forma de impedirlo, solo con sus piernas trataban de patalear inútilmente.*

*De cada uno de los polos superiores de las criaturas vieron aparecer unos filamentos acercándose a sus cabe-*



zas, y sintieron un momentáneo pinchazo en la nuca y un agudo dolor durante unos segundos.

*Los seres parecieron cerrar sus múltiples ojos mientras las piernas de los humanos dejaban de responder. Quedaron libres de sujeción mientras las extremidades tentaculares de las criaturas se replegaban sobre sí mismas, pero los humanos ya no eran dueños de sus actos. Notaron cómo pestañeaban sus ojos y se miraban las manos con perplejidad. Aquellos gestos no eran suyos sino de las criaturas que en ese momento dominaban sus cuerpos, como si ellos no fueran más que copilotos de unos vehículos que ya no les pertenecían.*

Para las criaturas era raro estar dentro de aquellas diminutas mentes, llenas de pensamientos y sensaciones extrañas y ajenas. Lo primero que notaron fue que los dos especímenes, con tan solo dos ojos, eran casi ciegos. No entendían como podían llegar a orientarse. Olfatearon el aire cargado y les pareció fantástico (ellos carecían de olfato). También notaron el sabor de la saliva, igual de extraño. Aquellos especímenes biológicos, aunque parecían tener sus capacidades principales mermadas, tenían otras que a ellos les parecían increíbles. La más sorprendente fue cuando, sin querer, se tocaron con la mano sus cuerpos desnudos. Eso les hizo dar un respingo y soltar un extraño sonido gutural por el orificio que servía para alimentarse. Al escucharse, las criaturas se giraron y se miraron sorprendidas.

Las pequeñas mentes de los bípedos carecían de la capacidad de comunicarse telepáticamente, tal vez lo ha-

rían con aquellos sonidos; escuchándolos durante todo aquel tiempo, parecían articular sus voces de un modo melódico, pero ellos, que carecían de un lenguaje compuesto de palabras, no podían entender aquella forma primitiva de comunicación, si es que realmente lo era.

Los dos cuerpos avanzaron el uno hacia otro sorprendidos. A pesar de ser criaturas tan primitivas, que desde fuera no parecían más que simples animales, dentro de sus mentes podían notar la atracción que sentían el uno por el otro. Aquellas diferencias físicas que les habían parecido insignificantes, ahora notaban que se complementaban, sintiendo atracción física. Uno de ellos experimentó cómo aquel pequeño apéndice que tenía entre las extremidades inferiores aumentaba de tamaño a medida que se acercaba a su compañero, en el cuerpo del otro espécimen con aquellas protuberancias en la parte superior. Este también notó cómo el orificio inferior se le humedecía a medida que se aproximaban.

Empezaron a tocarse el uno al otro, se olieron y se lamieron, saboreándose mutuamente. El que estaba en el cuerpo de la hembra tocó el miembro erecto de su compañero, cogiéndole una de las extremidades superiores y acercándola a su húmedo orificio. Se tumbaron en el suelo y el miembro erecto penetró el sexo del cuerpo que controlaba su compañero, sintiendo un placer que sus mentes superdotadas habían llegado a olvidar en el curso de su evolución —tanto natural, como artificial—. Supieron que aquellos gemidos involuntarios eran de placer. Un placer que, a lo mejor alguna vez, milenios atrás, habían llegado a sentir sus primitivos antepasados.

Y alcanzaron el éxtasis volviendo a empezar de nuevo,

como adictos a una droga. Poco les importaba el cansancio que aquellos primitivos cuerpos comenzaban a sentir.

Los estómagos de las criaturas empezaron a rugir pidiendo alimento y, como un acto inconsciente, uno de ellos le mordió al otro en la oreja, arrancándosela de cuajo y haciéndole sentir dolor. Este apartó de un empujón a su compañero, que no entendía el porqué de su reacción y supo que la mejor forma de comunicárselo era haciéndoselo experimentar. Se abalanzó sobre él y le dio una dentellada en la oreja. Su reacción fue parecida a la de su compañero, apartándolo en un principio. El dolor era casi insoportable, pero sintieron el impulso de seguir experimentando con aquella nueva sensación. Era desagradable, pero tal, como les había pasado anteriormente, no podían dejar de experimentar. Se golpearon, arañaron y mordieron, viendo cómo las criaturas que dominaban se iban deteriorando y sacando aquel líquido rojo y viscoso que manchaba tanto sus cuerpos como todo a su alrededor.

*Los humanos —que al principio observaban atónitos cómo sus cuerpos se relacionaban como si fuera la primera vez, sin que fuera nada difícil dejarse llevar—, cuando empezaron a torturarlos de aquella forma tan brutal, no pudieron entenderlo. Intentaron rebelarse, pero las mentes que los dominaban eran demasiado poderosas. Pronto, el dolor que empezaron a sentir fue demasiado intenso, insoportable. Sus mentes colapsaron, quedando paralizadas.*

Las criaturas dejaron de sentir dolor, era como si los cuerpos de aquellos seres que dominaban se hubieran adaptado a él. El experimento había terminado por el momento.

Los filamentos que les habían unido a aquellas criaturas primitivas se soltaron y los dos humanos cayeron al suelo, inconscientes, como dos marionetas a las que se les cortan las cuerdas de repente.

Por fin, fuera de aquellas primitivas mentes, podían volver a comunicarse telepáticamente e intercambiar experiencias. Deseaban seguir experimentando todas aquellas sensaciones que habían vivido, pero primero deberían reparar aquellos primitivos cuerpos biológicos. Algo sencillo para unos seres tan avanzados como ellos.

Horas más tarde, los dos especímenes volvieron a despertar con sus cuerpos totalmente regenerados y a punto para poder seguir con los experimentos. Pero a pesar de que físicamente parecían estar en perfectas condiciones, los dos especímenes permanecían totalmente inmóviles y ajenos a cualquier estímulo, ni siquiera se movían para alimentarse.

Las experiencias que para las criaturas habían resultado tan estimulantes, a sus especímenes los habían roto de una forma que no lograban entender.

Si cuando entraron la primera vez en aquella jaula acondicionada sus cobayas habían intentado resistirse, en esta ocasión ni siquiera se inmutaron. Cuando se conectaron a sus mentes, tampoco percibieron aquella inútil resistencia y pudieron manipularlos con una facilidad pasmosa. Como ocurrió la primera vez, hicieron que se levanten

taran, pero cuando se tocaron, apenas sintieron el contacto físico, como la vez anterior. Trataron de comer aquellos alimentos, pero apenas apreciaron los sabores y los olores.

La experiencia por la que habían pasado aquellas criaturas había afectado a sus primitivas mentes. Unas mentes que eran incapaces de entender y, por lo tanto, de reparar. En esas circunstancias, era inútil mantenerlos con vida. Las criaturas serían diseccionadas para poder seguir investigando sus órganos vitales y sus restos, desintegrados.

Pronto regresarían a aquel mundo para buscar más especímenes. Muchos de su misma especie ya lo estaban haciendo. Todos querían experimentar aquellas sensaciones que les resultaban tan estimulantes. Incluso crearían granjas donde criarlos y verlos desarrollarse en un espacio controlado. Pero debían tener más cuidado para no dañar en exceso sus frágiles mentes.

Los seres bípedos de aquel azulado mundo estaban destinados a ser las mascotas perfectas, sus juguetes vivos...



# **BUSCANDO PENTA-PLUTONIO**

**Julián Sánchez Caramazana**

Un minero espacial, hastiado ya de todo, busca penta-plutonio. Una criatura cósmica embarazada busca alimento para sus crías. Ambos se acabarán encontrando...

*Julián Sánchez Caramazana pone a prueba los límites del imaginario pulp en una narración delirante y corrosiva, paródico homenaje a la ciencia ficción dura, los antihéroes solitarios y la estética del exceso. El lenguaje barroco, cargado de neologismos y referencias pop, es parte del pacto de lectura: o te entregas al vértigo —tan grotesco como cómico— o te bajas en la primera estación espacial. Quizás, el relato más autoconsciente y visceral de esta antología.*



*Solo los solitarios se arriesgan.  
Por eso solo los solitarios mueren solos.*

Las viejas narraciones de la Madre Tierra —recogidas en un formato holográfico, sin nanocélulas, de las primeras creaciones de IA *telemóvilogenética*, por Enciclopedias Subterráneas Estelares—, presentan a los héroes galácticos estelares en solitario. Salvo cuando hablan de ciertos países de algo que tendió a llamarse, algún siglo atrás, Europa. Un tiempo en lo que todo era husmeantemente comunitario.

Pero yo sigo prefiriendo las narraciones *pulp* de ejemplares de una revista neoyorquina de los años 60 del siglo XX titulada Lo mejor de la ciencia ficción de los años 60.

Pero ¿qué significa este recuerdo en ésta inmensa cárcel que soy yo mismo, en este entorno presidiario, aunque no lo parezca, en el que me desenvuelvo?

Sí, una cárcel que es la soledad. Un vacío agujero más allá del ozono, errando por corrientes de vientos de diferentes soles para ahuyentar el magnetismo de agujeros negros, riéndome de las fantasías de ese libro de mierda —en papel— que hay en todos los cubículos para navegadores, que fusiona las tonterías de todas las sectas. Un libro incluido, tras un pacto entre las empresas de mercenarios y las sectas religiosas, para evitar una nueva guerra exterminadora entre las jerarquías actuales.

En fin, «*soledad, criatura primorosa...*», que cantaba la reliquia folclórica de mi robot niñera, comprado mi madre cibernética en un *marketvintage* más allá de Orión.

Soledad y cansancio. Cansancio y fatiga en mi cuerpo, mientras mi nave atraviesa este desconocido sistema y Jupiter y Marte quedan atrás y solo escucho las carcajadas de las dos cibercamareras cuando dije que solo quería conversación y nada de sexo.

¡Qué lejos queda releer *El viento del Sol, relatos de la era espacial* y *Cuentos de la Taberna del Ciervo Blanco*, de Arthur C. Clarke...

Mi nombre es Pig Porter y me presento de este modo informal, sin tonterías oficiales ni morales de las que se imponen en ese libro de las sectas de que os hablaba antes. Así las cosas, me queda por decir que soy minero y miembro del proyecto especial de búsqueda de penta-plutonio de los universos conocidos y galaxias por conocer. Y no soy ese *Piloto Jim* de la serie del canal de TV de IA cibernética que a veces me distrae y tienen bastante gracia.

El penta-plutonio es un mineral de gran valor, como lo era el agua tras los primeros Apocalipsis en el planeta madre, su satélite y algunos planetas del sistema solar que devastaron las colonias.

¿Qué más os puedo contar? Estoy cansado, bastante hecho polvo y hasta los ovarios o los cojones —según el implante que prefiero usar para masturbarme— de todo esto. Huelo que doy asco, cualquier *ciberrobot*, sexual o

asexual, saldría corriendo a millas de navegación hiperespacial de mi presencia. ¡Y no es para menos! Llevo más de dos años en este carguero de serie C-29, buscando mineral. Estoy surcando el negro espacio con la vana esperanza de poder concluir mi parte en este puto proyecto!

Además, desde hace sesenta días he perdido la noción de la realidad vintage implantada en mi cerebro semimutante y ya no cuento con mi inteligencia en todo sus niveles, sistemas y órdenes.

¡Cómo envidio ahora la *Física* de Aristóteles, con sus posiciones perfectas!

Vago por el espacio como si estuviese en un negro túnel abanicado por un arrebato de impotencia y desgana. No soy precisamente un caballero andante, ini falta que me hace!

De todos modos, me tomo unas cuantas micropíldoras de animación y antidesánimo y miro las diferentes pantallas táctiles en las palmas de mis manos. Estoy en el terreno liberado de espacio entre varios planetas que no conocemos, de nuevo navegando lejos del anterior agujero negro.

Rodea el carguero un campo de asteroides donde puedo encontrar el maldito mineral.

De la máquina supletoria de sustancias estupefacientes, para rematar la faena de sugestión, extraigo un cigarro de *hierbaspeed no letal* que también contrarresta la sensación de vacío.

Pero ni a mí ni a mi pequeño rastreador de campaña ni a las computadoras de líquido de mercurio del carguero, nos ha llegado señal alguna de la existencia del mineral, a

pesar de lo que se nos hizo vital de dicho mineral, como si fuera una onda expansiva, por eso me dirigí hacia aquí. Aun así, visito un póker de pedruscos a los que bautizo con los nombres de Ceres, Palas, Vesta y Juno, que es como se nombró a los cuatro primeros asteroides descubiertos por el ojo humano. A continuación, voy yendo de asteroide en asteroide, de cacho en cacho de éstas mierdas de piedra, de unos cinco kilómetros de diámetro. Me poso sobre ellos, remuevo su tierra y las zonas más rocosas abriéndolas con las ondas de neuroneutrones que alisan, aplanan, reducen, o destruyen...

Ahora, tras beberme varias botellas de vodka sintético de las colonias asiáticas y rusas de ciberparanoicos —las que no controlan las empresas mercenarias en el poder—, desciendo sobre otro asteroide del tipo XR-303.

El hombre, enfundado en un ligero traje espacial standar de material militar de camuflaje de la marca *Weird*, abandona su carguero-hogar pestilente, verifica una serie de datos en una de las micropantallas de su mano izquierda —datos con alfabeto digitalizado— y camina unos pasos por el acolchado suelo hasta situarse delante de la escotilla de salida de su consola de navegación. El deslizar de la compuerta da paso al descenso de una escalerilla de acero que se clava en la roca del asteroide y, extrañado, escucha una especie de quejido al que no le da importancia.

En la mano derecha, porta su revólver de diez cañones de *neuroneutrones* y en su espalda, una mochila con cargadores y líquidos alimenticios de emergencia por si ocurre algo.

Pig Porter regula el interior de su traje, concediéndose un poco de aire lisérgico. Viento en lata. Una fragancia especial a buen precio. Absorbe el mejunje y, durante bastantes horas, trabaja la tierra, la piedra y la roca. Agujera, destruye, alisa, aplanar, reduce, abre agujeros, destroza y patear, cabreado, algunas pequeñas rocas del asteroide.

—¡Puto pedrusco!, aquí no hay nada de mineral, ¡estoy harto de tanta mierda!

Cansado, gesticulando, Porter piensa que la onda recibida tiempo atrás es una alarma, un falso canto de sirenas. Desiste de volver a usar su diario móvil de abordaje y se centra en agujerear sin ton ni son el perímetro de tierra y piedra sobre el que avanza y escucha de nuevo el ruido y siente en sus pies que la tierra se abre.

—¡Maldito seas trozo de roca!, ¿qué haces?, ¿qué pasa?, ¡me estoy hundiendo!

Del mismo modo que es engullido por el asteroide, es escupido con un gesto de asco, tras ser tragado. Un gesto de repugnancia y unos inmensos vómitos surgen del ser de piedra mimetizado en asteroide, el mismo que había enviado ondas de seducción, días atrás, en todas las direcciones, ya que se siente hambrienta y está preñada, a punto de parir. Pero no va a permitir algo con vida tan maloliente, antihigiénico y repugnante para sus crías y para ella misma.

El minero vuela, más que correr, impregnado del líquido de los vómitos de su cazadora, en dirección a su cargue-

ro con la clara idea de dimitir de la misión, darse una ducha y plantearse otra cosa diferente a la conversación con las dos camareras.

# **PODER ESTELAR**

**Vicente Hernández**

En medio de la guerra total, dos oficiales de una flota estelar reciben una visita imposible y una propuesta: una segunda oportunidad para la humanidad.

*Damos la bienvenida a Vicente Hernández (1956), escritor de ciencia ficción, licenciado en psicología e inspector de policía valenciano con varios libros en su haber, entre los que podemos destacar Cuando las estrellas nos llamen, En el Brazo de Orión, Ecos del futuro y otros relatos o ¡...y la Tierra gritó! También ha escrito novelas policíacas y es responsable de algunas antologías, como El abismo mecánico, con la que ha resultado ganador de un premio Ignotus.*

*En «Poder estelar», articula una historia de guerra futura, destrucción planetaria y contactos con entidades incomprensibles; todo narrado con un estilo elevado, casi ceremonial. Un relato de ciencia ficción militar con ambiciones metafísicas y el espíritu de clásicos como Clarke, Asimov o incluso Stapledon. El dilema moral que embarga a los protagonistas deriva en un giro final de lo más interesante. Un relato para leer en la tranquilidad de una tarde de domingo, mientras el sol acaricia nuestros pensamientos.*



Para el comandante Drímean era difícil explicarlo, pero otear el firmamento desde la ventanilla de una nave, surcando sublime la inconmensurabilidad del vasto espacio, resultaba, con toda certeza, más bucólico y reconfortante que percibirlo desde la superficie de un planeta. Cuantos, como él, llegaban a notar la clara diferencia que entre ambos puntos había, jamás dejaban de añorar poder contemplarlo desde tan sensitivo lugar y, con ello, lograr contagiarse de esa emoción que su aparente paz les transmitía.

También le instaba a soñar qué les podía estar ocurriendo a las muchas civilizaciones que, quizá, estuvieran poblando la inmensidad de su magna extensión. Así como la percepción que se le generaba por tener ante él una frontera donde las aventuras y lo desconocido lograban entremezclarse y tener vida propia; alcanzando a la vez lo extraordinario y lo desafiante. Todo un elenco de emociones y deseos difíciles de racionalizar o entender. Por ello, no desaprovechaba la ocasión para incluirse en los turnos de patrulla; aunque, como jefe de la unidad de interceptores, podía no hacerlo.

Cuando se patrullaba, ambos componentes de la patrulla formaban lo que, en términos militares, se denominaba *alerta uno*: dos interceptores de combate, con sus respectivos pilotos, que daban cobertura a la periferia del Neemi-

er, crucero estelar que tenía como misión recorrer y velar por el cuadrante Zarj 37.

La apreciación que se tenía de la misión en la sala de mando era de simple rutina. Esta actitud no era debida a un bajo interés, sino a la certeza de que los instrumentos de localización eran capaces de detectar cualquier presencia con mayor fiabilidad y a mucha más distancia de lo que el ojo de un controlador pudiera lograr ver en las pantallas. Por ello, ninguno de los presentes evaluaba aportar una alta concentración a los turnos de guardia.

Tanto el coronel Nauntan —capitán de la nave— como su amigo, el comandante Drímean, destilaban parecida apreciación; salvo en casos de combate. En la actualidad se encontraban en estado de guerra, aunque patrullar los alrededores de la galaxia dentro de un cuadrante con escasos sistemas habitables, poco poblados y sin nada de valor, transformaba cualquier posible intención de extrema precaución en rutina insufrible, monótona y cansina; un automatismo nada aconsejable en tiempos bélicos, aunque fuese en un sector poco apetecible para el enemigo.

La Federación Détenan —a la que pertenecía el Neemi-er— llevaba más de 70 años en guerra con otro conglomerado de planetas y civilizaciones humanas. Circunstancia que estaba conduciendo a esa parte de la galaxia hacía una irremisible pobreza y desolación. Los recursos para mantener el potencial bélico esquilmban a la población, engulléndose cuanta materia prima pudiera existir o ser hallada. Había sistemas tan repletos de restos espaciales —fruto de incontables batallas—, que tuvieron que ser abandonados por hacerse impracticable la navegación entre sus planetas. No importaba que un planeta se per-

diera porque el enemigo lograra colar una *neurotoxina vírica*; eran consecuencias colaterales que no impedían que la guerra continuara. En esos casos, tan solo se recogía a cuantos se podía comprobar con certeza y rapidez que estaban inmunes, o libres de contaminación, y se abandonaba al resto sin piedad o sentimiento alguno. Ya nadie se acordaba qué era la paz o vivir al aire libre. El miedo y el hambre eran cuanto les quedaba a los pocos que no alcanzaban o deseaban trabajar en la industria armamentística, en la milicia o en cualquiera de las facetas de la logística de abastecimiento. Toda la producción, en ambos bandos, iba encaminada a mantener el potencial bélico, fuera cual fuese el posible ángulo desde el que se percibiera.

Al inicio de una mañana, momento fijado para poder distinguir en el espacio días y turnos, la alarma rompió la monotonía.

—¡Alerta de perceptibilidad! —exclamó el operador, a la vez que el destellar y sonar de los instrumentos de emergencia se dejaban sentir por toda la sala.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —indicó de inmediato el oficial de guardia acallando la alarma del crucero, toda vez que contactaba con el capitán de la nave.

—¿Qué ocurre? —preguntó el coronel Nauntan nada más entrar en la sala.

—Es muy extraño —comentó el oficial de guardia—. No se percibe nada en los escáneres de largo alcance, pero los sensores de perceptibilidad indican que hay algo o alguien que nos señala con sus localizadores.

—¿Qué procedencia?

—Eso es todavía más enigmático —respondió el oficial de comunicaciones y seguimiento—. Los datos revelan que proceden del exterior de la galaxia y, si hacemos caso a las referencias, de un punto más allá de los dos mil pársec.

—¡Informe al Estado Mayor! —ordenó el capitán dirigiéndose al operador de comunicaciones.

A la par, el oficial de navegación comenzó a extender la proyección de un holoplano estelar en el que se dibujaba un entorno de evidente amplitud. En él indicó la posible procedencia de la señal que los instrumentos detectaban y que, desde esa lejana posición, les marcaba.

El capitán y su segundo miraron los datos con cara de suma extrañeza, no entendían nada de lo que estaba ocurriendo. Eran lecturas imposibles, ya que, desde la perspectiva tecnológica de lo conocido, no había explicación. Por ello, y siguiendo un razonamiento lógico, al coronel Nauntan solo le sobrevinieron dos plausibles ideas: quien les tenía localizados debía ser algún ente mucho más avanzado que ellos o era un ardid enemigo para desorientarles.

—¡Capitán! —exclamó el oficial de rastreo—. Las comunicaciones entre unidades de nuestra flota se han parado y continúan aumentando, pero con las del enemigo ocurre lo mismo.

—¿Podemos saber qué dicen?

—Las naves de nuestra flota tratan de recabar información del Estado Mayor y el enemigo ha dejado de transmitir con encriptación —respondió en un tono de desolación e incertidumbre—. Todos hacen referencia a la señal —comentó, entrecortándose al hablar y resumiendo el caos que se estaba produciendo en las comunicaciones.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el coronel con contagiada inquietud.

—Al parecer, la totalidad de las naves de ambas flotas están siendo monitorizadas desde la misma procedencia —aclaró el operador denotando nerviosismo.

—Estoy fijando el origen de la señal y su aparente trayectoria —indicó el oficial de navegación algo alterado y haciendo cálculos con el ordenador—. Y si no me equivoco, y no ha modificado el rumbo, procede de alguna galaxia de este lejano sector del espacio —aclaró, marcando la localización en una carta estelar que dejaba a su galaxia como un punto—. Aunque ahora está en esta posición... —señaló en el mapa—. A dos mil doscientos pársec —remarcó con cara de preocupación.

Las horas siguientes fueron transcurriendo con un continuo intercambio de datos y conjeturas. El crucero Neemier no quedó atrás al respecto de cuanto se estaba produciendo. A través de otros especialistas se verificó que el cálculo del oficial de derrota era correcto. La desconocida señal estaba fijando a cuantas naves deambulaban en un cuadrante de más de cincuenta años luz. Un hecho imposible y a la vez alarmante por lo que tecnológicamente suponía; porque, con seguridad, traería aparejada una capacidad armamentística en ataque y defensa de similar nivel. Era una circunstancia que podía poner en jaque a cualquiera de las dos federaciones o, incluso, a ambas juntas. El pánico se estaba dejando sentir; las transmisiones eran testigo de ello.

—Recibimos mensaje codificado del Estado Mayor —informó el oficial de comunicaciones.

—Páselo a la pantalla de decodificación —ordenó el coronel.

Receptado el mensaje, el coronel, desde el centro de mando, procedió a difundir las nuevas órdenes recibidas:

—El mando estratégico ordena que sea destruida cualquier nave no identificada que entre en nuestro radio de combate —explicó—. Hay que actuar sin dar aviso ni opción alguna —reveló, dando a esta última parte del comunicado una entonación amarga. Para él era una decisión no deseada; no obstante, estaban en guerra.

El segundo lo miró con cara compungida. Compartía la apreciación que su superior esgrimía.

—Da la impresión como si en el mando estratégico hubiera un nerviosismo desproporcionado —conjeturó el segundo en voz baja.

—Lo que pueda ser esa señal, su procedencia y destino, está influyendo —afirmó el coronel.

—Deben tener, como nosotros, un desconocimiento total de su origen y naturaleza —susurró el segundo. No deseaba que la incertidumbre sobre lo que pudiera ser la señal que les fijaba calara en el ánimo de la tripulación, aunque nadie en la sala de mando estaba al margen de esa percepción.

A las dos horas, cinco desde que se detectó la señal, el oficial de derrota informó, con notoria turbación, que la señal estaba a cincuenta pársec menos.

—Eso significa... —comentó el coronel— que porta una velocidad de 32,6 años luz a la hora; y no viaja por el subespacio.

—¡Es imposible! —exclamó el segundo abrumado por lo que implicaba y la aparente inverosimilitud del hecho. Desafiaba todo cuanto se conocía sobre desplazamientos y velocidad en el espacio.

Durante las primeras horas, ambas facciones, allá en donde las naves estaban próximas entre sí, se distanciaron y dejaron de combatir. Todo hacía suponer que percibían una amenaza común. Al mismo tiempo, los cuerpos científicos de los dos bandos comenzaron a analizar qué era lo que estaba fijando en sus detectores cada nave y planeta habitado desde tan abrumadora distancia.

Escasas horas después, la percepción inicial fue mutando. La desconfianza en el enemigo comenzó a dejarse notar. Los responsables de los dos bandos, al no hallar explicación plausible, temieron que el adversario estuviera maquinando algún ardid. La rapidez que parecía portar la posible nave empezó a verse como un eco o imagen proyectada por el enemigo y orientada a distraer; la nueva hipótesis enturbiaba aún más el panorama.

En cuanto la idea tomó cuerpo en el pensamiento de los mandos estratégicos de cada federación, las órdenes no se hicieron esperar. Una desenfrenada carrera por indicar que se destruyera al enemigo comenzó a notarse en los comunicados que cada crucero recibía; ahora ya no se ordenaba el ataque a desconocidos. El miedo a verse sorprendidos apresó a los jefes de unidad y lo que estaba siendo una larga guerra de desgaste se transformó en un sinnúmero de batallas desesperadas. Si no había enemigo cercano con el que combatir, se buscaba.

A los dos días, las naves destruidas y los mundos atacados se habían multiplicado de forma exponencial. La guerra se escapaba al control de ambos oponentes. Había verdadero pánico por el comportamiento que el enemigo pudiera exponer. La señal estaba dando rienda suelta a todo tipo de especulación sobre lo que el contrario estaba o podía llegar a urdir.

El coronel Nauntan no dudó en convocar una asamblea. Además de transmitir a todo el mundo la apreciación, que tanto él como el Estado Mayor compartían, sobre la absoluta ignorancia de lo que estaba ocurriendo, también quiso hacer a todos partícipes de su punto de vista y de las nuevas órdenes recibidas: la destrucción de un planeta. La guerra comenzaba a dar un giro tan despiadado y desproporcionado que no lograba entenderlo. Una cosa era repeler una agresión y otra, muy diferente, tener que atacar a la población civil de un planeta.

Al respecto, la oficialidad era en su totalidad reacia a no acatar lo que el Estado Mayor había ordenado. Se notaba con claridad que la formación militar sin resquicios estaba, en todos ellos, por encima de otro criterio; tenían principios en los cuales lo moral y lo ético podían imponerse, tener cabida o rebatir cualquier mandato castrense que no tuviera un motivo mínimo, suficiente claridad y no fuese un objetivo de guerra. Para el coronel Nauntan y el comandante Drímean esta disposición era absurda, desproporcionada, cruel y, sobre todo, sin un beneficio militar. Solo había un brutal afán de destrucción. El planeta al que tenían que atacar era una colonia de granjas de cultivo y ganado.



El razonamiento de los dos, muy enraizado con una ética profesional casi desaparecida, discrepaba en los fundamentos de la forma tan estricta de pensar de la mayoría de los militares de su federación; podría decirse que incluso de los de la facción enemiga. Una circunstancia que en momento alguno de la carrera militar de ninguno de ellos había sido necesario esgrimir; las órdenes nunca habían traspasado el umbral que ahora tenía que ser vulnerado para acatarlas.

Ambos, tras recibir el parecer del resto de la oficialidad de la nave, se miraron y, sin decir nada, se percataron de que no les quedaba mucho margen de maniobra. El cruce-ro ya había puesto rumbo a su misión; no obstante, se hacía evidente y preciso hacer algo para evitar esa inútil matanza.

—¡La nave pierde energía de impulsión! —se escuchó de improviso por los altavoces. Era la voz del oficial de guardia.

—¡Informe de la situación! —se apresuró a demandar el capitán desde la sala de reuniones mientras la nave se detenía—. ¡Ingeniería, responda! —tornó a solicitar a la vez que se sujetaba por la aparición de un inesperado zarrandeo. Los bruscos movimientos que se generaron desestabilizaron a todo aquel que no estaba sentado o no se pudo asir.

—¡Capitán! —gritó por la megafonía, y con evidente nerviosismo, el ingeniero de propulsión—. Una especie de rayo o energía desconocida bloquea el movimiento. Los motores han dejado de funcionar y la nave se comporta como si una enorme garra la sujetara —dijo aceleradamente y muy alterado.

En dos zancadas, el capitán alcanzó la sala de control. Era preciso que se hiciera ver en ella, las circunstancias lo requerían. Al entrar, las novedades que le participaron no fueron de una importancia menor: las naves de ambas flotas estaban siendo *atacadas* de la misma forma; el Estado Mayor así lo estaba calificando.

Un par de minutos después, una enorme bola, aparentemente de fuego, envolvió la nave. Comunicaciones internas y externas desaparecieron. El puesto de mando del crucero quedó sin saber qué estaba ocurriendo. Al poco, las pantallas de seguimiento se apagaron y generaron una mayor sensación de indefensión. Era una situación sin precedentes, nadie atinaba a pronunciar palabra o realizar movimiento alguno más allá de su puesto o asiento.

El comandante Drímean entró en la sala de mando con aparente tranquilidad, aunque su rostro no podía disimular su sensación de miedo o, quizá, desconcierto. La situación era grave y se hacía preciso acompañar a su superior y amigo, podía ser necesario tomar drásticas y urgentes decisiones.

No hubo tiempo para diálogo de ningún tipo, cuando parecía que la mayoría comenzaba a asimilar la situación, aunque de forma muy parcial, las pantallas volvieron a mostrar imágenes del exterior y de la lejanía; se pudo observar como esa bola de aparente fuego que envolvía la nave comenzaba a disminuir. Dio la impresión de que se concentraba, ya que su luminosidad iba aumentando de intensidad. Al finalizar, aparentó tener una dimensión de unos treinta o cuarenta centímetros y un destello casi cegador.

En el instante en que el crucero quedó libre de su envoltura, las comunicaciones retornaron, saturando la ma-

lla. Al parecer, cada una de las naves, tanto amigas como enemigas, había recibido la misma visita. El desconcierto estaba arraigando en el raciocinio de todos y un temor cerval comenzó a sobresalir; todo intento de analizar lo que estaba ocurriendo era barrido del pensamiento, influido por no saber qué ocurría. La cordura escapaba por las rendijas que el pánico proporcionaba a la mente de cada uno.

Bañados todos los integrantes del Neemier en ese desconcierto, la concentrada bola de luminosidad se fue acercando al costado de la nave y comenzó a traspasar su sólido casco. Instantes después, la misteriosa luz se dejó ver en el puesto de mando. A los segundos, con un lento deslizarse, comenzó a recorrerla. Poco a poco, y aumentando la velocidad, traspasó paneles, compuertas, divisorias y se deslizó por la totalidad del crucero.

Cuando el pánico bajó de intensidad y el razonamiento se reavivó, todos entendieron que era una sonda; hecho que, por lo que pudieron corroborar, se había repetido en otras naves y planetas, aunque ningún bando dio crédito a las comunicaciones del oponente. La incertidumbre y el miedo todavía no se habían disipado. Lo que pudiese ser y pretender, ese algo que a tanta velocidad se acercaba a la galaxia, aún estaba en la imaginación de todos; aunque ahora había aparecido una nueva pregunta: ¿procedía la sonda, esa bola de fuego, del mismo lugar?

Los límites de la imaginación volaron todavía más desbordados, pero como al principio, y al no hallar respuesta satisfactoria, señalar al oponente era una forma fácil de dar respuestas a quienes las demandaban. En eso también hubo coincidencia por parte de los dirigentes políticos y

mandos militares de las dos federaciones. A las horas, los enfrentamientos tornaron a reavivarse.

El Neemier, como el resto de los cruceros de la flota, reanudó el cometido que se le había asignado. La totalidad de la tripulación se movía con un frenético afán por optimizar sus tareas. Había incluso alegría en sus rostros, comportamiento que coronel y comandante no alcanzaban a racionalizar. Para los dos, era inconcebible asimilar que matar a millones de seres indefensos pudiera dar satisfacción. El raciocinio de ambos se rebelaba. Por ello, volvieron a tomar la misma decisión que habían tomado cuando el Estado Mayor ordenó la misión que portaban. «Era preciso evitarlo», volvieron a plantearse.

Una escasa hora antes de alcanzar el objetivo, el Neemier volvió a detenerse, sacudidas incluidas. Una vez más, la nave había sido envuelta en un halo de energía. Cuando el zarandeo desapareció, el coronel Nauntan y el comandante Drímean, mirando en derredor, se percataron de que estaban solos; y lo más alarmante era que nadie respondía por los interfonos.

—No tenéis porque alarmaros —sonó una extraña voz. Su particularidad residía en que las palabras no portaban acento alguno que delatara de qué planeta procedía su propietario—. Vuestras vidas no corren ningún peligro y la tripulación no se ha desvanecido —aclaró el misterioso interlocutor—, tornarán a la nave en cuanto me haya ido —matizó.

—No tenemos miedo —respondió el coronel Nauntan—. Solo estamos sorprendidos —aclaró, mostrando un sosegado talante que quedó patente por el tono de sus palabras.

—¿Procedes de la nave que nos ha estado escaneando?  
—preguntó el comandante Drímean.

—Podría decirse que sí, aunque no es una nave —respondió—, al menos en el sentido que vuestro lenguaje le da.

—¿Por qué no te muestras? —solicitó el coronel obviando entrar en los matices de *nave* que su interlocutor había sugerido—. Es más satisfactorio ver con quien dialogamos —afirmó.

—No tengo cuerpo. Mi naturaleza no es una composición de materia sólida y visible a vuestros ojos, pero si con ello estáis más cómodos, puedo adoptar una forma similar a la vuestra —apuntó la extraña voz.

—Será más fácil —dijo el coronel—. Al menos sabremos hacia donde dirigir nuestra mirada —indicó utilizando un tono más irónico.

Al instante, la luminosidad intensa de una imagen holográfica, rodeada de un fuerte viento que inundó toda la sala, comenzó a tomar cuerpo. En cuanto su nitidez quedó patente, la imagen se tornó tridimensional y opaca, visualizándose la figura de un hombre de edad madura ataviado con vestimentas de campesino. A los ojos de los dos militares, una persona tan corpórea como ellos.

—¿Cómo te podemos llamar? —preguntó el comandante con manifiesta fascinación. Algo que también quedó reflejado en la cara del coronel.

—Doort —indicó con parquedad—. Sois una especie muy extraña y paradójica —afirmó—. Me gustaría entenderos, aunque no cuento con mucho de vuestro tiempo.

—¿Es diferente al vuestro? —preguntó el coronel, tan intrigado como el comandante—. ¿Está relacionado con la velocidad a la que viajáis?

—Os diré que el tiempo como lo conocéis no es una variable medible para nosotros. No tenemos movimiento dentro de él. Y ocurre algo similar con la velocidad, es una mera ilusión que nuestra traslación provoca en vosotros.

—¡Pero... si os desplazáis... es preciso que transcurra un tiempo en ese ir de un lado a otro y eso siempre es una función de la velocidad y... la distancia que es preciso recorrer! —indicó el coronel entrecortándose y sin tener claro si los conceptos físicos que había expuesto podían matizarse o, incluso, no ser ciertos en un contexto diferente—. Porque vuestra nave, o lo que sea que percibimos —resaltó—, no viaja por el subespacio —aclaró, haciendo referencia a la forma de trasladarse que ellos utilizaban para vulnerar los efectos de la velocidad luz; es decir, la ralentización del tiempo tal y como conocían y ocurría.

—Si te mueves, vas a una velocidad —afirmó el comandante apoyando y reforzando las palabras del coronel.

—No para nosotros —respondió Doort—. Y menos desde el entorno en el que nos movemos por el universo —apuntó—. Sé que para vuestras mentes es difícil de asimilar lo que postulo, pero no tengo otra forma de explicarlo. Para ello sería preciso que entendierais otros muchos conceptos que se mueven o están dentro del universo, fuera de él, antes de su existencia y con posterioridad a su desaparición. El tiempo y la velocidad son variables por las que una parte del universo y su contenido se desplazan. No es algo inmutable y que afecte a todo lo que existe, ha existido o existirá.

Hechas las matizaciones que Doort lanzó, ninguno de sus dos interlocutores supo qué decir. Ambos se miraron

con ojos de incredulidad y de expectación. ¿Con quién estaban hablando? Era una cuestión que comenzó a rondar por sus intelectos tratando de dar sentido a lo que habían oído. El razonamiento de ambos les indicaba no dar crédito a las explicaciones que estaban recibiendo, pero el *poder estelar* que presenciaban desde hacía horas les aconsejaba que fueran prudentes y tuvieran como cierto todo lo que Doort decía.

—¿Sois eternos? —preguntó el coronel con un nerviosismo más que evidente. Después de lo que había escuchado necesitaba despejar la incipiente incertidumbre que estaba aflorando en su mente. Algo que a su vez impregnaba también el raciocinio del comandante.

—Lo interminable y finito son dos conceptos no excluyentes. Según en qué contexto sean expuestos, al igual que el tiempo y la velocidad, pueden tener una definición u otra.

—Pero si nos atenemos al entrono humano y nuestros conceptos, ¿sois eternos? —reiteró el coronel. No se conformaba con la nula explicación que había recibido; aunque, en realidad, ni él ni el comandante habían entendido qué trataba de decir su interlocutor.

—Ni somos sempiternos ni efímeros —atajó Doort de forma escueta y sin dejar resquicios en su afirmación—. Lo imperecedero puede llegar a ser tan fugaz como eterno lo breve —explicó una vez más.

Los militares se miraron y ya no dijeron nada al respecto. Continuaban sin tener claro qué quería indicarles el visitante, no obstante, una idea sí que quedó diáfana en el raciocinio de ambos: era evidente que se había hecho visible, personándose en el crucero, por algún motivo.

—No creo que logremos entenderte. Sin embargo, sí que podrás explicarnos de forma que nos sea comprensible el porqué de tu presencia en el crucero.

—Hemos visto que sois una raza muy particular —indicó Doort tratando de responder—. Vuestros corazones están impregnados tanto de una maldad extrema como de bondad, altruismo y sacrificio sin límites. Eso nos ha llamado la atención, pero más lo ha hecho el comprobar que vosotros dos sois una voz disidente dentro de las milicias. Estáis dispuestos a sacrificar vuestras vidas para evitar la destrucción del planeta que se os ha ordenado arrasar —explicó, dejando claro que la sonda que la nave recibió y las que se diseminaron por ese cuadrante estelar habían logrado averiguar mucho más de lo que se pudo intuir.

—¿Y eso en qué nos afecta o qué supone? —demandó el coronel sin abandonar la intriga que implicaba la presencia y las interlocuciones de Doort.

—El cuadrante estelar en el que se desenvuelve vuestra forma de vida no tardará en desaparecer —afirmó con rotundidad a la vez que las pantallas de la nave se encendían y se visualizaba la explosión de tres estrellas—. En las últimas cuatro horas esos tres sistemas han sido destruidos —indicó, señalando lo que las holopantallas mostraban—. La radiación residual de esos astros va a ir consumiendo la vida en ambas federaciones. Dentro de cincuenta años todo cuanto conocéis habrá perecido, siempre que no se adelante por mayores daños —aclaró, describiendo un futuro siniestro y demoledor—. Ya tenéis muchos planetas tan contaminados que sólo es posible subsistir en ellos dentro de refugios subterráneos. La vida se está escapando de esta parte de la galaxia. Vuestros dirigentes la



están malgastando y destruyendo. Las batallas y los estragos no cesan; es más, se multiplican —indicó con pesadumbre.

—¡Si es así debéis ayudarnos! Como has comentado, hay gente buena y sencilla que no se merece ese destino —matizó el comandante en un ejercicio de súplica y reflexión. Al conocer lo que estaba ocurriendo, tanto él como el coronel habían dejado tras de sí todo planteamiento sobre quién era Doort. Por otro lado, la imagen que ambos estaban percibiendo empañaba todos sus principios y convicciones. Se acababa de apagar en ellos la esperanza y el afán por el mañana. Todo se derrumbaba.

—Todos sois responsables. A lo que se ha llegado es una consecuencia de hechos y omisiones. Los habitantes de ambas federaciones lleváis años aportando el pertinente apoyo a los dirigentes que han posibilitado este holocausto. Una muy amplia mayoría los respalda. Eso es algo que no entendemos.

—Es el miedo que el ciudadano llano tiene a cuanto la otra federación pueda llegar a encajarnos —indicó el coronel.

—¡O que se le ha hecho ver! —exclamó Doort.

—Necesitamos ayuda —solicitó el comandante una vez más, mostrando un rostro compungido por el dolor—. Noto que hay en vosotros capacidad para evitar la barbarie que se avecina. Por ello, es preciso que lo hagáis.

—El camino que cada civilización escoge es fruto de sus determinaciones. Nadie puede ni debe intervenir. La libertad de decidir debe imperar sobre cualquier otro concepto, las consecuencias son los inevitables frutos de los actos u omisiones. No hay otro sendero.

—Tenéis que ayudarnos —reiteró el coronel—. El aumento de la belicosidad está causado por vuestra presencia —afirmó, tratando de trasladar algo de responsabilidad a Doort y sus congéneres.

—La ejecución de una acción es un hecho derivado de una decisión propia de quien la toma. Siempre hay elección y alternativas —matizó Doort.

—Entonces, ¿para qué toda esta cháchara? —demandó el coronel, dibujándose en su rostro un notable enfado.

—Queremos dar a vuestra forma de vida e intelecto una nueva oportunidad. La bondad de muchos corazones de vuestros congéneres nos ha impulsado a ello. Deseamos que esa savia pueda llegar a ser capaz, al madurar, de conseguir que la humanidad, vuestra especie, logre anteponer el bien natural y colectivo por encima de todo planteamiento —razonó Doort—. Hay un planeta, en el lado opuesto de la galaxia, que ha desarrollado vida con las mismas bases químicas y de transmisión de herencia y carácter que posee el entorno en el que os desenvolvéis. En ese planeta hay una variedad animal muy similar a los primates que dieron origen a vuestra especie. Con ciertos ajustes en sus bases de vida y descendencia, dentro de cuatro o cinco millones de vuestros años, los humanos volveréis a prevalecer y dominar con el intelecto su entorno natural. Un nuevo comienzo para desarrollaros y llenar una parte del cosmos. Algo similar a como lo están haciendo un sin número de especies. La naturaleza es prolífera en el universo. Hay increíbles formas y variedad de toda clase de seres —explicó con gran detalle.

Coronel y comandante quedaron sin saber qué decir, aunque no tenían claro para qué Doort les participaba los

propósitos que él y sus congéneres tenían. Nadie más iba a tener conciencia de ello. La vida como la conocían se iba a pagar en ese cuadrante para avivarse en el otro extremo de la galaxia y nadie lo sabría jamás.

—Sé, por los rostros que mostráis, qué es lo que están procesando vuestros cerebros y os diré, como respuesta, que sería una gran satisfacción que tuvierais a bien acompañarnos en nuestro periplo por el universo. Reflexionad y responded cuando en verdad la decisión os aparezca clara, sea cual fuere —expuso Doort con total naturalidad—. No habrá vuelta atrás.

A la vez, coronel y comandante percibieron en su intelecto cómo era la existencia de Doort. Notaron en la respiración, y en sus corazones, un leve impulso que les causó una indescriptible emoción. Entendieron muchas de las afirmaciones que Doort les había trasladado. Apreciaron en sus raciocinios una parte de la grandeza y finalidad del universo. Se notaron pletóricos de conocimiento y con ansias de saber más. Sintieron una efímera eternidad bañando sus mentes y como sus cuerpos se separaban de lo que ellos eran en esencia. Habían dicho sí.

## **Epílogo**

—¿Qué esperáis encontrar? —inquirió Doort dirigiéndose a sus congéneres Nauntan y Drímean, y sin llegar a mostrarles nada de lo que quería que viesen.

—Es simple —indicó Drímean mirando, a su vez, a Nauntan—. Qué ha podido acontecer a la especie que con anterioridad éramos. A la nueva oportunidad que la hu-

manidad recibió hace, para ellos, cuatro millones de años —dijo, mostrando un poco de inquietud. Ambos estaban deseosos por conocer por qué sendero estaba caminando esta vez el ser humano.

—Al planeta lo llaman *Tierra* y comienzan a explorar su cercano entorno estelar —reveló Doort con poca alegría—. Una sonda está, incipientemente, saliendo de los límites del sistema y otra acaba de posarse en un cometa.

—Tus palabras denotan escasa emoción —aludió Nauntan. Presentía alguna mala noticia. El tono de la aparente voz de Doort le delataba.

—Todavía no han madurado —afirmó—. Las guerras, la pobreza, el hambre y las desigualdades son aún su carta de presentación.

# **LA FORTALEZA DEL DR. RADIAN**

**Luis Guillermo Del Corral**

El agente Ghost aterriza en Venus para infiltrarse en la fortaleza del Dr. Radian, un criminal de guerra... ¡La venganza es lo único más letal que su pistola psiónica!

*La firma de Luis Guillermo del Corral es garantía de diversión pulp desenfrenada. Quizás el mayor referente actual que aún sigue la estela de clásicos como Doc Savage, The Spider o Flash Gordon, como lo demuestra en «La fortaleza del Dr. Radian», combinando espionaje con tecnologías imposibles, telepatía, ciborgs deformes, combates violentos y villanos de opereta. El autor domina el tono y la estructura como un experto, preciso incluso en el exceso; cada giro de acción es más grande que el anterior, pero encaja perfectamente en la coherencia interna del relato. El final deja abierto el juego para nuevas aventuras en un universo que, a todas luces, se intuye mayor. Ojalá podamos disfrutar de más misiones del agente Ghost en futuros Pandorum. ¿Ustedes qué opina?*

## **1—Llegada a Venus**

El agente Ghost activó los escudos de fricción de su cápsula de infiltración. A partir de aquel momento operaría solo con los cohetes de freno y maniobra.

—Iniciando descenso. —Hablabla tanto para tranquilizarse como para dejar constancia en los registros de la caja negra—. He llegado a Venus. Me comunicaré en los momentos acordados. Sabré que reciben el mensaje si llevan a cabo su parte del plan.

»El Doctor Radian tiene los días contados.

Desde la órbita, la espesa capa de nubes ocultaba el descontrolado verdor de un terraformado Venus. El descenso era lento y a ciegas. La red de estabilización atmosférica evitaba las tormentas ácidas que habían sido el primer y mayor obstáculo de la colonización. Debido a su sistema de trabajo, cualquier comunicación inalámbrica podía interferir en su funcionamiento.

Todo descenso se llevaba a cabo por los ascensores orbitales o a través de unas muy definidas rutas. Cualquier otro intento de entrada era ilegal y considerado un acto de guerra, con las consecuencias habituales. Si Ghost era descubierto, tenía todas las posibilidades de morir en el interrogatorio. Marciano, parahumano, agente no reconocido.

Si fracasaba, negarían conocerle. Si triunfaba, nadie lo celebraría. A cambio, carta blanca absoluta para llevar a cabo su misión.

Aterrizó a tan solo tres kilómetros de su destino. Sobre la copa de los gigantescos árboles se elevaba una gran construcción. De piedra, como casi todos los edificios en Venus. Una estructura fea, cúbica y negra, sin una sola curva visible. Tan solo las grandes antenas, como agujas quebradas, delataban su naturaleza: El Centro de Control Atmosférico, ocupado por las fuerzas autómatas del Dr. Radian.

Antes de abandonar la cápsula, el agente Ghost comprobó una vez más su equipo. No llevaba dispositivo de comunicación alguno. No lo necesitaba. Le bastaba con su cerebro. Se ajustó el pasamontañas del mono y abandonó la diminuta nave. Esperaba tener más de un tropiezo antes de llegar a destino y no tardó en comprobar lo acertado de sus esperanzas.

Se echó al suelo en cuanto escuchó aquel sonido acercándose por el estrecho camino forestal. Rodó sobre sí mismo y se agazapó tras el tronco de un árbol. La selva venusiana era un lugar donde apenas crecía vegetación a ras de suelo. Las copas de los Titanes impedían que llegase la necesaria luz solar. Tan solo prosperaban hongos parásitos y plantas trepadoras simbióticas.

No tenía, por tanto, muchas opciones a la hora de esconderse. Apenas lo hubo hecho, dos motocicletas eléctricas aparecieron con su característico zumbido. Casi al mismo tiempo, ambas frenaron. Sus pilotos lucían el verde oscuro de los Patrulleros de la República Popular de White. Ghost masculló por lo bajo. A pesar del chantaje de



Radian, continuaban su trabajo. De hecho, no le extrañaría que estuvieran a las órdenes de aquel criminal de guerra por esa misma razón.

Iban armados con un machete y una pistola de proyectiles sólidos. Un arma bárbara y primitiva, pero que mataba. Eso era lo importante.

—Según el radar, el vehículo no identificado está en las cercanías. —El que iba al frente se inclinó sobre la computadora de su moto. Sin volverse, hizo una seña a su compañero hacia un árbol cercano. Los dos empuñaron sus pistolas y aflojaron sus machetes en los cinturones. Tras un segundo gesto, se acercaron al lugar que el primero había indicado, tratando de rodearlo.

—¡Manos arriba! ¡Ni un sol...! ¿eh? —La parte posterior del tronco estaba vacía. Apenas el patrullero alzó la vista vio como un rayo de un vivo escarlata abrasaba la cara de su compañero que caía fulminado.

El instinto lo hizo levantar el arma y atronar el lugar con dos disparos. De las ramas bajas cayó una silueta cubierta con un ajustadísimo mono negro. La bala había impactado en el tejido blindado. El golpe había desequilibrado al agente, enviándolo al suelo desde la rama en que se había refugiado.

No trató de esquivar el tercer disparo. Dejó que el tejido acorazado le protegiera. Había soltado la pistola de rayos al caer, pero aún le quedaba su otra arma. Mientras aguantaba otro disparo, desenfundó el cortísimo cañón, apuntó y apretó el gatillo.

En apenas una fracción de segundo, un recóndito lugar en su cerebro destelló como si tuviera vida propia. Su voluntad avanzó como un relámpago por los conductos si-

nápticos abiertos al exterior. Se iluminó, estalló en un glóbulo de pura fuerza mental que conectó con la mente de quien le atacaba.

Casi al instante el patrullero soltaba su pistola, tambaleándose presa de un fortísimo mareo. Ghost se levantó, luchando contra el dolor de los disparos. Tuvo que echarse hacia atrás, esquivando el torpe machetazo de su rival. Tropezó y cayó de nuevo al suelo, de espaldas.

Sin levantarse, disparó de nuevo la psi-pistola. El patrullero se levantó una vez más, conteniendo las repentinas arcadas. Su rival lanzó una pierna contra él, haciéndole caer. Ghost se irguió a medias y echó sobre el soldado, agarrándolo del cuello. Comenzó a apretar, tratando de estrangularlo.

El caído trató de librarse asestando varios tajos con el machete pero el tejido hizo inútil su filo. Con cada golpe la presa sobre su cuello se hacía más fuerte como respuesta. Los tajos eran una afilada cuenta atrás hacia su muerte, cada uno más débil que el anterior, hasta que por fin se detuvieron.

El agente se levantó jadeando. Desechó la idea de tomar analgésicos del botiquín. Le aturdirían, disminuirían su atención y no podía permitírselo. Se cercioró de la muerte de los dos hombres y buscó su pistola de rayos. No era solo una buena arma. Su uso violaba varios tratados interplanetarios. No era algo que debiera estar al alcance de cualquiera.

Pensó en las palabras que había escuchado. Habían detectado su entrada. Ahora se trataba de él contra un mundo entero, sometido al chantaje de un criminal de guerra. Se encogió de hombros. Después de todo, aquel

era su trabajo. Encontró la pistola al pie del árbol. Echó un último vistazo a la fortaleza y se dirigió hacia aquella mole. Tenía un mundo que salvar.

No había aceptado llevar a cabo la misión solo por disciplina o deber. En realidad, el impulso de cumplirla era muy personal. El Doctor Radian era un genio en muchos campos... Y un criminal de guerra buscado en todo el Sistema Solar. Había sido uno de los máximos protegidos de la Iglesia Purista de Nuevo Detroit y la pesadilla de todo mutante.

Ghost era parahumano. Su padre y su madre eran ambos mutantes. Su madre aún vivía. Había logrado huir de la ciudad estado y alcanzar la Republica de Zamora. Su padre quedó atrás, como miembro de la Resistencia Mutante. Y, con toda seguridad, había muerto. O lo habrían reducido a algo menos que racional en los laboratorios eclesiásticos de Radian.

Ghost no se consideraba un paladín. Tenía la suficiente honradez como para reconocer la fuerza que lo impulsaba a cazar y exterminar a aquel individuo y otros como él. Pura y simple venganza. Hambre de retribución contra aquella sabandija andante. Se concedió unos escasos instantes de reposo al llegar al límite de la selva. En aquel momento comenzaba la parte realmente peligrosa de la misión...

## **2—El rostro el mal**

Deslizarse a través de los corredores de piedra sin ser detectado fue más fácil de lo esperado. El lugar era de suma importancia y la seguridad era competencia de una fuerza

multinacional. Al menos hasta la llegada de Radian. Sus robots se encargaban de todo. Sin embargo, era una fuerza relativamente reducida. Casi todos se encargaban de la seguridad personal de su amo.

El resto eran drones automatizados, encargados de las tareas de mantenimiento imprescindibles. El agente Ghost aceptó a medias el hecho. ¡No había seguridad en el interior! No del tipo que esperaba, al menos. Era el puro miedo y la fuerza del chantaje lo que mantenía a salvo al enloquecido villano.

Decidió que podía apresurarse un poco, entonces. Si la información de los chicos de Inteligencia era correcta, ocho puertas por delante de él había un despacho en desuso desde el cual podía cumplir la primera parte de su misión.

Mientras se deslizaba contando los umbrales que le quedaban, no pudo evitar el pensamiento de que todo aquello era demasiado fácil. ¿Tan cobardes eran los venusianos o había algo más?

Interrumpió sus pensamientos cuando alcanzó la puerta indicada. Pulsó un botón y se abrió hacia el interior con un chasquido magnético. De acuerdo con los informes, aquella habitación había sido el lugar de trabajo del coordinador de mantenimiento y la computadora que allí había aún funcionaba.

El agente Ghost se sentó frente al escritorio y encendió la computadora. Aquello era tan solo la fase inicial de su cometido. La verdadera dificultad vendría después. Y no era abandonar Venus.

El monitor no mostraba la imagen con mucho detalle. No sabía por qué, pero había algo que causaba una fastidiosa interferencia. Tal vez, una tormenta solar no prevista. Sin embargo, no ocultaba del todo la imagen transmitida. El Dr. Radian asintió.

Se trataba, con toda seguridad, de otro inútil intento de asesinato por parte de los venusianos. Las interferencias habían comenzado hacia apenas un momento. A punto de dar una orden, se dio cuenta del lugar en el cual se hallaba el intruso. Aquello no era bueno. De hecho, era tan grave como para que él mismo se arriesgara —por así decirlo— en persona. Giró la cabeza dando una breve orden a través del micrófono, en el tablero, a su izquierda.

—Un pelotón, armamento no letal. Que se reúnan a la entrada de mis habitaciones.

—Señor —respondió una extrañada voz—, ¿está seguro?

—Obedezca. No soy tan temerario como parece. Después sométase a la rutina de desprogramación y reinicio.

Los códigos aparecieron en la pantalla, largos e incomprensibles. El hombre del pelo azul sonrió bajo su negra capucha. Observó con fijeza la larguísima combinación alfanumérica y, por unos breves instantes, una remota región de su cerebro relampagueó con la intensidad de un millón de soles. Sus capacidades telepáticas habían despertado de forma explosiva, causándole un trauma irreparable. No poseía sensibilidad receptora. Tan solo podía emitir. Su mente, en cierto modo, estaba mutilada sin remedio.

Eso mismo le había espoleado a entrenar sus capacidades. Una vez más, su voluntad atravesó el espacio interplanetario alcanzando la mente de su contacto en Marte. Se había comunicado en el pasado con ese cerebro. Sabía que recibiría el mensaje.

Todo el proceso llevó literalmente el tiempo de un latido. De hecho, su mente había transmitido la totalidad de los códigos mientras veía como la puerta del despacho se abría de nuevo, dejando pasar a cinco robots y un esferoide flotando ante ellos.

### **3—La máscara de hierro**

Los hombres de metal tenían el típico aspecto del modelo genérico usado por decenas de compañías mercenarias: Dos metros de alto, anchos con conectores repartidos por toda su estructura para enchufar múltiples sistemas auxiliares y de armamento a su pila de fusión, toda su superficie cubierta por el brillante cromado del blindaje antiláser.

Su amo había personalizado sus rostros. En lugar de la habitual esfera o prisma, sus cabezas eran una maciza imitación de los rasgos de una calavera descarnada. De hecho, los remaches en las mandíbulas casi daban la sensación de que la pieza no era tan maciza como parecía y que se podía abrir y mover como una natural.

El esferoide —no mayor que una cabeza— proyectó una imagen semitransparente: Un hombre más maduro que anciano, de cortísimo pelo rojo y cara pecosa. Sus rasgos hacían que pareciera pedir perdón por vivir. Vestía unos arrugadísimos pantalones y camisa amarillos.

—Doctor Radian, me decepciona. Pensé que me atraparían antes de llegar tan lejos. —El avatar del otro hombre se limitó a dar una orden breve y directa:

—¡Vivo! —El agente Ghost se apresuró. En poco más de un latido, envió otro mensaje a su contacto: la primera fase de la operación había sido cumplida. La fase dos podía y debía iniciarse de inmediato, antes de que el objetivo tuviera tiempo de reaccionar.

Dos robots se acercaron. Ninguno de los componentes de aquel pelotón tenía expansiones conectadas. Pero podían tener armas integradas o estar programados para pelear cuerpo a cuerpo. Ghost rodeó el escritorio, como si fuera a entregarse por propia voluntad. El holograma sonrió satisfecho,

—No espero que coopere. Pero se lo advierto, sea quien sea su contacto nunca podrá comunicarse y entregar la información.

»Llevarlo a la sala de interrogatorios. Si se resiste, incapacítadlo, pero no lo matéis—. La proyección se disipó al instante.

En ese momento, Ghost cruzó el brazo derecho, disparando al robot a su izquierda. El rayo rebotó en el metal blindado, apenas chamuscando la máquina, destrozándole la rodilla. Se apartó, dejando que cayera sobre el otro hombre de metal, a su derecha.

Se lanzó al suelo, rodando sobre sí mismo, esperando esquivar a los otros tres robots que ya se echaban sobre él. Para su propio asombro, lo logró. Se incorporó y salió corriendo de aquella estancia. Tenía que huir de allí cuanto antes. La fase dos tenía que haber comenzado ya y no se detendría ante nada.

Mientras corría en dirección opuesta a la que había seguido para entrar, subió tres puntos la salida de su desintegradora. Más que suficiente para pulverizar aquel condenado blindaje.

A punto de abrir una puerta y refugiarse más allá, escuchó un apresurado golpear de metal contra piedra. Cuatro robots avanzaban con mecánica velocidad hacia él, precedidos por aquella bola, como si tirase de ellos. Un disparo y aquel guía cayó, reducido a una humeante masa de circuitos arrasados.

Continuó corriendo, disparando su arma hacia atrás, sin apuntar apenas. Los impactos abrieron pequeños cráteres en las paredes de roca del pasillo sin impactar en ninguno de sus perseguidores. Atravesando una puerta, varios metros por delante, aparecieron dos robots más. Sin detenerse, Ghost estiró el brazo y apretó el gatillo, agotando la carga de la pistola.

El rayo estalló en la placa facial del enemigo más adelantado. El metal reventó, pero lo que reveló bajo su superficie no fue una masa de circuitos abrasados. La sorpresa detuvo la carrera del hombre, que casi al instante cayó inmovilizado por sus perseguidores.

Lo que había visto era una muy amarillenta, muy descarnada y demasiado humana calavera. No eran robots.

Eran cíborgs.

#### **4—Sentencia de muerte**

Radian Turing suspiró con una profunda sensación de fastidio. No era tan estúpido como para no esperar oposición a sus planes. De hecho, desde su llegada a Venus,



había sobrevivido a un total de siete intentos de asesinato. Se ocupó en persona de la investigación de todos y cada uno.

En aquellos momentos se hallaba en la parte de sus aposentos destinada al trabajo. En realidad, se trataba de lo que habían sido las habitaciones de recreo del personal hasta su ocupación del Centro de Control Atmosférico. Sus habitaciones privadas se componían del resto de dicha área de la fortaleza.

Sobre una pequeña mesa, estaban dispuestos los efectos personales del acechador capturado. Una pistola desintegradora y un cinturón con múltiples bolsillos que incluían unos curiosos clavos de cuatro puntas, una cerbatana de bambú marciano con sus dardos, un botiquín militar, un cuchillo no metálico y tres baterías cargadas para la desintegradora, más la que ya tenía insertada.

Lo que le preocupaba era la segunda pistola. Carecía de mecanismo o circuito alguno. Tan solo un peculiar parche dérmico en la empuñadura y multitud de diminutos prismas cristalinos en el interior. Tampoco pudo encontrar dispositivo de comunicación alguno.

Rozó el parche en su pecho:

—Quiero al prisionero ante mi presencia de inmediato. Con las precauciones habituales. Sin sedantes ni incapacitadores. Le interrogaré y lo necesito en plena posesión de sus facultades mentales.

El agente Ghost alzó la cabeza, sonriendo satisfecho al ver todo su equipo en la mesa. A sus espaldas, un cibernético desarmado le vigilaba mientras su amo le observaba.

—¿Puede decirme algo? ¿Por qué ocultar que sus fuerzas están compuestas de aberraciones biocibernéticas? ¿Quizás porque antes de la conversión quirúrgica eran ciudadanos secuestrados? ¿Del ala de cuidados intensivos de algún hospital? ¿Tal y como hizo en Nuevo Detroit, antes de huir de Marte?

Radian contuvo la amenaza a punto de ser exclamada. Recordó que él era un científico. Investigaba. Desarrollaba. Eso era todo. La moralidad cambiaba y, con ella, los obstáculos a su tarea. Pero la ciencia permanecía. No podía permitirse olvidarlo.

—Le envían las Naciones Marcianas Aliadas. —El agente Ghost tomó aliento. Estaba demasiado cerca de completar su misión para cometer ahora un error estúpido.

—Agente Ghost, del Consejo de Seguridad Marciano. La primera parte de mi misión ya se cumplió hace horas. Si estoy aquí es para ahorrar trabajo a las naciones venusianas y matarle como la sabandija inhumana que es.

—Miente. No tiene forma de contactar con nadie. ¡Ha fracasado! ¡Venus entero me pertenece! —Ghost no pudo contenerse y estalló en un breve torrente de carcajadas.

—Oh, pero lo he hecho. Tengo un medio excelente. Eso que hay sobre la mesa es una pistola psiónica. Construida a medida y sintonizada con mis patrones bioenergéticos. No es letal, pero bien usada, es peor que la muerte.

»Mis capacidades están mutiladas. Pero soy el más poderoso enviando información. Tal y como hice nada más ver los códigos en la pantalla.

El Doctor Radian no varió en absoluto su expresión de soberbia cuando habló de nuevo, sin dejar de mirar al hombre que tenía enfrente.

—Que la nave sea preparada de inmediato. Venus ya no es seguro. Tenemos que buscar un nuevo refugio. — Alejó su mano del parche y se dirigió al cibernético escupiendo todo su odio y desprecio.

»Arránquele los brazos. Uno a uno.

## **5—Muerte en Venus**

Justo en el instante en que la orden era dada, el agente Ghost se dejó caer al suelo, rodando sobre sus hombros. No lo habían esposado ni atado de ningún modo y de inmediato supo la razón. De la cintura del cibernético salió disparado un cable metálico que se enrolló en torno a su brazo izquierdo.

El agente cayó de espaldas en el momento que se erguía junto a la mesa con su equipo. Al tiempo que caía, logró dar una patada al mueble. Intentó atrapar el cinturón, lográndolo por muy poco, casi perdiéndolo cuando sus dedos resbalaron en la hebilla.

El cibernético lo había arrastrado y ahora lo alzaba con relativo esfuerzo. El Módulo de Obediencia debía limitar la iniciativa: la orden había sido clara y concreta y la cumpliría. El tejido blindado de su mono le protegería apenas unos segundos.

Hizo restallar el cinturón como un látigo, consiguiendo que se le enrollara en torno al brazo atrapado. Volvía a estar erguido sobre sus pies, a breves instantes de que le desgajaran el brazo como si fuera de trapo. Aferró con la diestra la desintegradora y apretó el gatillo.

El rayo destrozó el hombro del cibernético. La presa sobre su brazo se aflojó y desapareció cuando un segundo dispa-

ro seccionó el cable metálico. Un corto fragmento permaneció enroscado en torno a su muñeca. Se agachó esquivando un manotazo de su rival.

Un nuevo disparo reventó el cráneo de aquella mezcla de hombre y máquina. El cerebro orgánico era lo que permitía que el conjunto funcionara. Con la materia gris abrasada, aquel grotesco soldado cayó como una piedra, inmóvil e inútil.

Todo aquello había sucedido en muchísimo menos tiempo del necesario para contarlo. Apenas unos segundos. El agente Ghost aun podía escuchar la apresurada carrera de su objetivo mientras huía. Se ajustó el cinturón al tiempo que comenzaba una ansiosa persecución tras el criminal.

Su consciencia envió dos únicas palabras a la mente del hombre que vio desaparecer tras el recodo de un pasillo: ESTAS MUERTO.

Radian se detuvo apenas un instante para echar un vistazo a la puerta a su espalda. Había tenido que sacrificar hasta el último de sus cíborgs y no estaba seguro de que pudieran frenar a aquel maldito parahumano.

Corrió por la azotea hasta la lanzadera, situada en uno de los extremos. Una vez alcanzada la órbita, podría gastar parte de su fortuna en comprar santuario en uno de los puertos orbitales. De allí puede que fuera hasta Titán.

Apenas había avanzado unos pasos cuando un súbito mareo lo hizo tambalearse. Casi a sus espaldas vio como el agente Ghost aparecía por una trampilla cojeando, con aquella extraña pistola alzada. Quiso avanzar pero de nuevo un repentino mareo se lo impidió.

Cayó de rodillas con unas terribles arcadas, manchando las piedras de vómito. Se incorporó, pero apenas hubo dado un paso, notó como tiraban de él. Frente a su cara, vio al agente Ghost, jadeando por el esfuerzo y las heridas. Su mono estaba rasgado en varios puntos.

—Te lo dije, miserable. Alzó el cuchillo desnudo. En el cerebro del Doctor Radian resonaron dos palabras como sirenas infernales: *ESTAS MUERTO*

## 6—«Su misión es...»

Jason se despertó en su habitación del Hospital Central de Río Escalante, capital de la República de Zamora. Había comenzado la rehabilitación hacía tan solo dos jornadas. Con el tejido clonado, era como si nunca hubiera sufrido daño alguno. Pero aún tenía que acostumbrarse. En cierto modo, era como estrenar ropa más ceñida de lo esperado.

Acababa de levantarse cuando vio como entraba una figura que conocía muy bien por ser la única ante la cual el agente Ghost respondía por sus acciones. El Secretario General de las Naciones Marcianas Aliadas avanzó, estrechando con fuerza la mano del otro hombre.

—Permítame felicitarle, Pendleton. El Consejo de Seguridad Marciano dice que los gobiernos de Venus ya poseen de nuevo el control de los Estabilizadores Atmosféricos.

Jason esbozó una media sonrisa.

—Es decir, que han cambiado los códigos tan pronto los recuperaron.

—Sí. Le transmito su gratitud. Pero también ha habido quejas. Hubieran querido capturar al Doctor Radian con vida para juzgarle.

—Se hubiera fugado. Usted lo sabe tan bien como yo.  
—El duro rictus de Jason dejaba bien clara su opinión al respecto. El Secretario General trasladó su peso de un pie a otro en un breve silencio.

—Sí. Bueno. Por cierto, ¿qué sucedió cuando le perseguía? Los informes...

—No exageran lo más mínimo. El bastardo tenía un detonador biométrico implantado quirúrgicamente. Conectado a un sistema de autodestrucción. En cuanto empezó a sangrar, el lugar estalló y se derrumbó como papel mojado. Logré alcanzar la lanzadera, esperando que el blindaje me protegiera. Pero después tuve que lidiar con la fase dos de la misión: Los pelotones de tropas de asalto enviados a tomar la fortaleza. Aún me sorprendo de haber podido huir.

»El resto ya lo sabe. Por algo estoy en este hospital.

—Ya veo. Hay algo más que venía a decirle.

Jason Pendleton exhaló un suspiro de alivio. Al Secretario General a veces le costaba ir al grano. No se quejó. Formaba parte de su trabajo. Lo tenía asumido.

—¿De qué se trata esta vez?

—¿Ha oído hablar de los Hombres de Hierro? —Jason abrió los ojos de par en par. Tan solo sabía que era una iglesia de doctrina transhumanista extrema y donde tenían su principal Taller.

—Siempre he querido conocer el Imperio Negro...

# **NOCHE ETERNA**

**Carlos Díaz Maroto**

Siglos después del colapso de Occidente, una expedición africana cruza el mar para explorar los restos de la vieja Europa. Lo que encuentra no es barbarie, sino algo mucho más temible...

*Cerramos esta edición de Pandorum presentando un nuevo colaborador de lujo. Carlos Díaz Maroto (Madrid, 1960) es un escritor, investigador, crítico, ensayista y traductor ampliamente conocido en la fauna editorial vernácula. Entre sus últimos libros de ficción, podemos destacar Solo contra el sistema, Las aventuras del Dr. Watson y La muerte tiene ocho patas y otras historias insólitas. Últimamente, también oficia como editor en la flamante editorial de género Yeray y tiene la culpa, entre otras cosas, de su línea de bolsilibros dobles.*

*El relato que nos trae a continuación es una lúcida ucronía en la que el tercer mundo renace como faro civilizatorio del primero, que ha quedado hundido en una suerte de oscuridad posindustrial. La mirada del autor es serena, con un tono reflexivo pero envolvente, que deja fluir la historia entre el asombro y la tristeza. No quiero contar demasiado para no chafar la lectura. Baste decir que estamos ante la presentación de un universo con mucho potencial que pide a gritos nuevas historias. Ojalá podamos disfrutarlas pronto..*



Al final sucedió. Pudieron más las sombras que la luz, el odio que el amor, la mezquindad que la entrega. Las grandes naciones buscaban cada vez poseer más, y cuando no lo consiguieron por el consentimiento de sus vecinos, recurrieron a las armas. Pronto, el globo entero se enzarzó en un enfrentamiento. Es decir, solo los poderosos, pues los débiles únicamente pudieron mirar mientras a su alrededor todo se destruía.

No recurrieron a las armas nucleares. Daba lo mismo. Había suficiente armamento convencional para destruir la Tierra varias veces. Y bien que se aplicaron a ello. Cayeron los poderosos, atacados por sus vecinos. Finalmente, en un acto de locura, los satélites también fueron destruidos y, con ellos, los soportes que mantenían el mundo conectado, en marcha.

Con eso, lo que se conocía como *civilización*, en una extraña ironía, desapareció; se desmoronó. Se extinguió la electricidad, todas las formas de comunicación, todo el progreso. Y las personas hubieron de volver a lo que siglos atrás habían abandonado. Y los grandes países que otrora gobernaron el mundo, ahora habían regresado a la barbarie, al oscurantismo, a un modo de vida similar al que en tiempos se dio, digamos, en el siglo XIV. Una nueva Edad Media había acontecido.

Eso, en el primer mundo. El tercer mundo, como siempre, fue ignorado. Y eso le salvó de la destrucción. Pese al

menor desarrollo tecnológico, o precisamente por ello, esos países lograron sobrevivir. Perdieron infraestructuras, por supuesto, pero eso no les debilitó en exceso y pudieron salir adelante. Y avanzar.

Dos siglos después de la hecatombe, Europa, América del Norte y algunos países de Asia y Oriente Medio seguían en el oscurantismo. Mientras, Sudamérica y África, así como las naciones otrora más pobres de Asia, habían logrado un fuerte desarrollo.

Poco a poco, el recuerdo de lo que en tiempos fue la *civilización* se olvidó, y África se convirtió en una nueva zona próspera y avanzada. Y los años pasaron...

—¿Estás seguro? —preguntó Amari.

—Desde luego —respondió Hakim—. He revisado los reportes antiguos a fondo. En realidad, nunca nadie ha intentado ocultar la información. Siempre ha estado ahí. Por algún extraño motivo, nadie ha deseado averiguar nada y, con el tiempo, se ha ido olvidando. Aparte de que, por otra razón que tampoco me termino de explicar, hemos tendido un tanto al... ombliguismo y no hemos querido mirar más allá de nosotros mismos. Pero los datos están ahí: hace muchos siglos, más allá del Mar del Norte, había una civilización humana que se autodestruyó. Y también había gente hacia el oeste, pasado el océano. Pero los hemos olvidado. No sé qué habrá sido de ellos.

—¿Y tu intención es... explorar?

—Efectivamente —reconoció Hakim—. Un equipo no muy amplio, para volar hacia el noroeste y explorar ese territorio desconocido. Parece ser que lo llamaban *Europa*.

Amari asintió, reflexivo, se levantó del sillón y se acercó a la ventana, para contemplar Nairobi de noche. La ciudad estaba construida de cristal y acerplastic, e iluminada con neones de colores. Los aeromóviles volaban por encima de los altos edificios con un apagado zumbido. Aquel prodigio arquitectónico que formaba la ciudad era el legado de siglos de progreso. Se volvió hacia Hakim.

—Muy bien. Autorizado. Puedes organizarlo todo.

El equipo liderado por Hakim estaba compuesto por otras tres personas: Omari, Chukwuemeka y Dakarai. No era una expedición científica, no era ese el objetivo. Según con lo que se toparan, ya más adelante se organizarían otras más concretas, destinadas a desarrollar diferentes propósitos: antropológico, tecnológico, arqueológico, médico... Ahora, lo único que buscaban era *saber* y, por tanto, los cuatro eran simples funcionarios del Organismo de Urbanismo y Sociedad. No tenían atribuciones de ningún tipo, solo iban a *mirar*, auspiciados por el jefe de la entidad.

Iban a bordo de un jet tripulado por Chukwuemeka. Hakim lo había escogido porque sabía que tenía esa aptitud, dado que era muy aficionado a pilotar. Pero sus vuelos, indefectiblemente, se limitaban al continente africano, sin aventurarse a viajar más allá. Esa era una prueba evidente de ese impulso limitante que había referido a Amari. Hakim se sorprendió de esa escasa capacidad de curiosidad, del nulo perfil aventurero.

Chukwuemeka era un hombre alto, fuerte, musculoso, y no tenía cabello alguno en la cabeza ni el rostro. Vestía, como todos, el uniforme de la Federación Africana, com-

puesto de una pieza única, de cuello a pies, blanco y muy ceñido; a la altura del gemelo la suave textura de la tela se convertía en una pieza más sólida para proteger los tobillos y servir como calzado. Las manos, por supuesto, quedaban totalmente libres para poder manejarlas con comodidad.

Por su parte, Omari, pese a servir en oficinas, tenía ciertas inquietudes científicas, de ahí que lo hubiera escogido. Aun careciendo la expedición de objetivos en ese sentido, bueno era que alguien dispusiera de algunos conocimientos, en caso de toparse con situaciones que lo requiriesen. Omari era un hombre alto y delgado, nervudo, de cabellos canos y barba rala. Sus ojos parecían siempre inquietos y observaban todo con atención y minuciosidad.

Y por último estaba Dakarai. Era la doctora de la compañía. Fuese cual fuese el objetivo de la expedición, un médico siempre era necesario. Para ellos mismos o para quien pudieran encontrar. Era alta, delgada pero fibrosa, muy hermosa y con el cabello cortado muy al rape.

Y también estaba él, claro. Hakim. Era el encargado de relaciones humanas en el Organismo de Urbanismo y Sociedad. Alto, fuerte, de cabellos cortos. Siempre inquisitivo, siempre curioso. Por eso, de súbito, le había acometido ese impulso, esa necesidad de saber qué había más allá de los límites de su continente. Ahora podía saberlo.

El jet sobrevolaba la sabana africana. La enorme industrialización de todo el continente en los últimos siglos no había impedido que se apostara por una sólida política ecológica, con el fin de preservar que la esencia del continente se mantuviera. La selva y los animales seguían presentes, más vivos que nunca. En medio de todo ese vergel, como setas que brotaran esporádicamente, las ciudades

crecían desperdigadas, irguiéndose hacia el firmamento con sus edificios de cristal y acerplastic. Las urbes estaban distanciadas unas de otras, pero con los aeromóviles y los jets no había problemas de comunicación, se mantenía un continuado contacto entre ellas y la capital de la Federación Africana, Nairobi.

Llegaron al fin a la costa y comenzaron a sobrevolar el Mar del Norte. Por los estudios que había realizado con anterioridad, Hakim sabía que en tiempos fue llamado Mediterráneo. Ahora, los tres estaban de pie junto a Chukwuemeka, que pilotaba la nave con firmeza. Miraban a través de la claraboya del jet, observando aquello por vez primera. Por regla general, solo conocían el mar en la costa, en las playas, donde solían bañarse en período vacacional. Ahora lo veían en su inmensidad. No era demasiado indómito, como sí lo era el océano, al oeste del continente. Olas no demasiado altas batían, mientras el jet las sobrevolaba, derecho hacia su objetivo. Pronto llegarían.

Y al fin divisaron la costa. Fue un brusco estallido de verdor, con plantas inundándolo todo. El jet comenzó a sobrevolar el terreno y durante kilómetros solo vieron plantas llenándolo. No era como en África, donde los distintos terrenos tenían una proporción variable de vegetación. Aquí era una invasión. No había más que plantas e, imaginaban, una fauna habitando en el suelo, invisible a la distancia que volaban.

Poco más había que ver, así pues, siguieron adelante. Y al fin divisaron claros dispersos y, poco después, una agrupación de pequeñas casas. Aterrizaron en uno de los claros cercanos y salieron del vehículo. Dakarai portaba con ella un pequeño botiquín médico, con ayudas esenciales;

Hakim se colocó al cuello un colgante provisto de una cámara de grabación; y Chukwuemeka, por mucho que no le gustara a ninguno de los cuatro, llevaba oculta un arma, por si acontecía algún peligro. Únicamente Omari iba con las manos vacías, dispuesto a examinar todo con la vista.

Salieron del claro y se internaron entre la vegetación. Había árboles y arbustos, con trazas de llevar muchos años creciendo indómitos, sin ninguna actividad humana sobre ellos. Y, correteando por el suelo, infinidad de insectos, roedores, reptiles y otros animales pequeños; posiblemente, en lo más profundo de la floresta habría otras criaturas más grandes.

Por último, llegaron al límite y vieron una amplia zona despejada. Se veían pequeñas chozas, similares a las que había habido en África siglos atrás. Pronto divisaron dos personas que surgieron a cierta distancia de entre unas casas. Un hombre y una mujer. Llevaban ropas amplias, de diversas tonalidades de ocre, marrones y blancos, ella con falda hasta el suelo; pero lo que más les chocó era la enorme claridad de sus pieles, más aún que las de los habitantes del norte de África.

Los cuatro exploradores se miraron entre sí y luego avanzaron hacia esas personas. Estas, al verlos, se detuvieron y una expresión de sorpresa apareció en su rostro. Hakim los saludó.

—Hola, extranjeros. Venimos del sur. Somos exploradores.

Los dos desconocidos se miraron entre sí y les contemplaron con casi pavor.

Hakim había decidido hablar, pese a que estaba convencido de que no le entenderían, pero tenía que probar.

Hubiera sido demasiada suerte poder comunicarse con aquella gente y saber sobre ellos con facilidad. Pero esa facilidad no se daría. Haría falta mucho tiempo de contacto mutuo para conocer todo acerca de esas personas.

Los dos extraños se dieron la vuelta y salieron corriendo, tirando por el suelo lo que transportaban con ellos. Hakim miró a sus compañeros, hizo un gesto de pesar, y siguieron avanzando hacia un rumor que escuchaban. Desembocaron en algo que había de ser una calle amplia y la vieron llena de gente. Había hombres y mujeres, niños y ancianos, todos de pálida tez, y una serie de tenderetes entre los cuales desfilaban. Al fondo distinguieron un carrromato, tirado por un animal semejante a una cebra, pero mucho más grande, musculado y con pelambrera grisácea y pezuñas peludas.

El murmullo que brotaba del grupo quedó repentinamente interrumpido y todos se volvieron a mirar a los extraños. Después, hubo una desbandada general y se alejaron corriendo. Los puestos quedaron abandonados, con frutas y hortalizas caídas por el suelo. Al poco, antes de que los exploradores pudieran reaccionar, por una bocacalle apareció un pequeño grupo de gente; pudieron reconocer a la pareja que habían visto en primer lugar, acompañada de otros tres hombres: con uno de ellos intercambiaban frases excitadas en un desconocido idioma y los otros dos les escoltaban, provistos de altas lanzas.

Hakim avanzó un par de pasos, no demasiados, para no asustarles. Después paró, alzó un brazo, doblado por el codo y con la mano abierta, y habló, sonriendo ostentosamente.

—Saludos, amigos.

Sabía que no le entenderían, pero esperaba que la actitud fuera clara.

Los aldeanos se detuvieron, salvo los dos hombres armados, que pusieron las lanzas en posición horizontal y lo amenazaron con ellas. Con rapidez, Hakim levantó ambas manos y dio dos pasos atrás. El hombre que acompañaba a la pareja comenzó a hablarle con voz excitada, en un idioma que el explorador no pudo entender. Los de las lanzas, mientras, amagaron.

Hakim fue retrocediendo lentamente.

—Mejor vámonos —susurró a sus compañeros—. Están asustados. No les hacemos ningún bien.

Todos retrocedieron lentamente, sin darles la espalda. El grupo se quedó allí, atento a ellos, sin seguirles. Al fin, regresaron a la nave y entraron en ella.

—Nos temen, eso es innegable —reflexionó Hakim—. La forma de abordarlos ha de ser otra muy diferente. No estamos equipados ahora para un contacto en condiciones con ellos. Y me temo que en otras partes será similar.

—¿Y eso es todo? —clamó Omari—. ¿Hemos llegado aquí para esto? ¿Retrocedemos y ya está?

—No —contestó Hakim—. Antes quiero ver otro lugar sobre el que leí en los antiguos textos.

Chukwuemeka despegó y luego tomó la ruta que Hakim le indicó, según unas coordenadas concretas. Sobrevolaron campiña indómita y también algunos núcleos despejados, donde distinguieron agrupaciones de personas similares a las que habían conocido, con pequeñas plantaciones agrícolas cercanas a ellas. El vuelo no fue muy largo, hasta llegar al objetivo que buscaban. Hakim lo llamó *París*.



Cuando llegaron a los límites de la ciudad, vieron las ruinas. Era una urbe de hormigón y cemento y hierros retorcidos, todo abatido, todo destrozado. Chukwuemeka deceleró la marcha, y todos fueron viendo las ruinas. Al fin, ante ellos se alzó una inmensa torre terminada en pico, pero el tercio superior estaba partido y colgaba a un lado, prendida aún en un precario equilibrio. Podía caerse en cualquier momento.

Cerca de allí había una plaza y en ese lugar aterrizó el jet. Pronto salió el grupo, nuevamente, a explorar. No se veía a nadie alrededor.

Avanzaron y se internaron entre las calles. Y entonces aparecieron. Eran distintos a los del campo. Estos llevaban ropas andrajosas, destrozadas, e iban sucios. Sus miradas no reflejaban temor, sino otra cosa diferente. Indefensión, dolor, desesperanza. Parecían muertos en vida. Arrastraban los pies, se movían erráticos y no emitían sonido alguno por sus bocas crispadas. Algunos los miraron, pero no parecieron prestarles excesiva atención.

El grupo empezó a desfilar entre ellos. Las mujeres tenían cabellos abundantes, despeinados, enredados. Los hombres lucían igual, además de barbas tupidas y descuidadas. Era lógico, en vista de las circunstancias. También había niños, algunos desnudos. Todos andrajosos. Todos con mirada perdida, extraviada, como ellos mismos.

Cuando llegaron a una esquina, distinguieron a varias personas inclinadas, arrodilladas en el suelo, en torno a algo. Se acercaron y comprobaron que estaban comiendo. Y la comida era uno de ellos.

Los exploradores se dieron la vuelta y, sin mediar palabra, regresaron a la nave.

Hakim estaba detenido ante la ventana de su apartamento. En el exterior, la ciudad lucía en su esplendor, anegada de luces multicolores. Los vehículos voladores se trasladaban de un lado a otro, transportando a los habitantes de la urbe más poblada del continente africano. Era posible que hubiera otros lugares iguales por otras partes. Las lecturas que había efectuado así se lo indicaban. En un sitio llamado América del Sur, en partes aisladas del continente asiático. Inclusive en una zona muy lejana denominada Australia.

Pero ahora su pensamiento estaba en otro lugar. En el país que en tiempos se llamó Francia. En las personas primitivas, que habían recreado una cultura tímida, con granjas, en pequeños grupos, desconocedores de lo que era la civilización. Que les temían, que no los comprendían. Y lo que antiguamente fueran grandes ciudades y ahora no eran sino ruinas habitadas por... por almas en pena, por espectros, por seres que se alimentaban de sí mismos. Por salvajes que habían retornado a la barbarie, más allá inclusive de esta.

A la mañana siguiente, Hakim debía presentar ante sus superiores un informe, con los resultados de su investigación y una guía de sugerencias a seguir. Cómo continuar el examen de las zonas exploradas.

Aquellas almas errantes...

¿Tenían ellos derecho a involucrarse en esas vidas, a someterles a un cambio radical? Las personas en las granjas no les comprendían; su existencia era tan sencilla, tan elemental... Tomar contacto con seres que les superaban en, acaso, medio milenio o más, podía ser una conmoción.

Y esos monstruos que habitaban las ruinas de los lugares que en tiempos fueron los más importantes del mundo. Ya no eran seres humanos. Nada se podía hacer por ellos. Solo dejarles seguir... ¿viviendo? ¿Existiendo?

Ya sabía qué decir en el informe. Que nada habían encontrado. Sus compañeros lo apoyarían. Era mejor no perturbar aquella zona, aquellas gentes. Esa civilización había desaparecido, en todos los sentidos del término. Mejor dejar que sus ruinas se fueran desmoronando. Eran el recuerdo lejano de una forma de vivir que se había conducido hacia la destrucción, hacia la falta de entendimiento en los vecinos, en los hermanos, empujada por el materialismo y la ambición.

¿Era egoísta esa forma de pensar por su parte? Acaso. Él esperaba que no. Creía ser compasivo. Creía ser comprensivo.

Se apartó de la ventana y se fue a dormir. Pero sabía que esa noche sería eterna y que no podría conciliar el sueño.



# RECOGIENDO LA ANTORCHA

**H. Briones Barbera**

Hay momentos en la vida de un lector en los que el tiempo se detiene. Instantes precisos en los que una cubierta brillante, vista desde el escaparate de un quiosco o entre los anaqueles de una librería de barrio, promete mundos enteros por descubrir. Para quienes crecimos leyendo ciencia ficción en español durante los años setenta y ochenta, esos momentos están indisolublemente ligados a una colección: *Ciencia Ficción Selección de Libro Amigo*.

Entre 1971 y 1980, Bruguera nos regaló cuarenta volúmenes que fueron mucho más que simples antologías. Significaron ventanas abiertas a un futuro que parecía tan lejano como inevitable, puertas de entrada a universos donde todo era posible. Desde robots que cuestionaban su propia existencia hasta civilizaciones galácticas que nos hacían reflexionar sobre nuestra nimiedad cósmica. En aquellos libros de bolsillo, con sus 17,5 por 10 centímetros de puro asombro, se escondían las traducciones de los mejores relatos aparecidos en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, una de las publicaciones más prestigiosas del género.

El escritor y matemático Carlo Frabetti, responsable de seleccionar los relatos casi desde el principio de la colec-



*Carlo Frabetti, responsable de dar identidad a la colección.*

---

ción, nos trajo de la mano a los grandes maestros. Asimov con sus robots y sus fundaciones, Sturgeon con su humanidad profunda, Le Guin con sus mundos imposibles pero creíbles, Philip K. Dick con su habilidad para construir realidades paralelas inquietantes, Sheckley con su humor corrosivo, Ballard con sus paisajes mentales devastados. Los nombres de los traductores —Fernando Corripio, Jaime Piñeiro, M. Giménez Sales, César Terrón, Juan Carlos Silvi— se convirtieron en puentes tendidos entre el inglés original y nuestro castellano ávido de maravillas.

Las cubiertas ilustradas por Ángel Badía Camps, luego las de Bosch Penalva y Nestlé Soulé, crearon un imaginario visual que aún perdura en nuestra retina. Esas aportaciones artísticas, con su estilo clásico y evocador, definie-

ron para toda una generación cómo debía verse el futuro. Ciudades de cristal, naves espaciales elegantes, autómatas de formas imposibles, paisajes alienígenas bañados por soles de colores extraños.

Pero *Ciencia Ficción Selección*, de Bruguera, fue más que una simple colección editorial. Fue un fenómeno cultural. Llegó en el momento justo, cuando España empezaba a desperezarse tras décadas de aislamiento, cuando comenzábamos a mirar hacia el exterior con curiosidad y hambre de modernidad. Aquellos libros no solo nos hablaban del futuro; nos hablaban del presente con la libertad que solo otorga la metáfora científica. A través de distopías tecnológicas y utopías fallidas, de robots rebeldes y alienígenas incomprensibles, podíamos reflexionar sobre temas que de otra manera habrían resultado incómodos: la libertad individual, la opresión del poder, el papel de la tecnología en nuestras vidas, el sentido mismo de la existencia humana.

Muchos de nosotros recordamos vívidamente el ritual. Llegar al quiosco, buscar entre las novedades el lomo característico de la colección, sentir el libro en las manos—ligero en peso pero cargado en promesas—, llevarlo al hogar como un tesoro secreto. Y luego, la lectura. A veces bajo las sábanas con una linterna. En ocasiones, en el transporte público camino a la escuela o al instituto. Siempre con esa mezcla de excitación y asombro que solo los grandes relatos de ciencia ficción saben provocar.

Hoy, cuando la tecnología ha alcanzado y superado muchas de las predicciones de aquellos cuentos, cuando llevamos en el bolsillo dispositivos más potentes que las computadoras que enviaron al hombre a la Luna, podríamos pensar que aquella ciencia ficción ha quedado obsoleta. Nada

más lejos de la realidad. Los grandes temas del género —la naturaleza humana, la ética de la tecnología, nuestro lugar en el cosmos, los dilemas morales del progreso— permanecen tan relevantes como entonces. Quizá más.

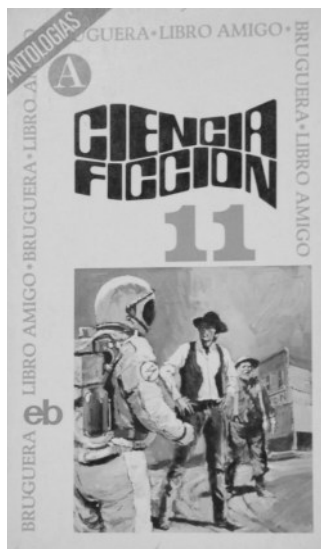
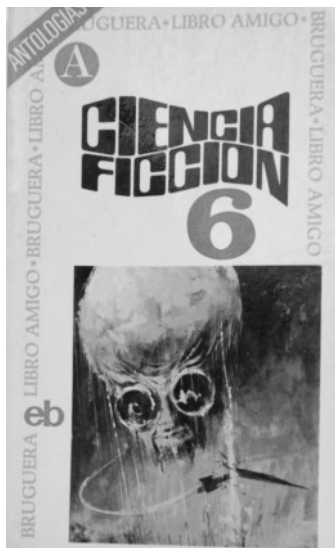
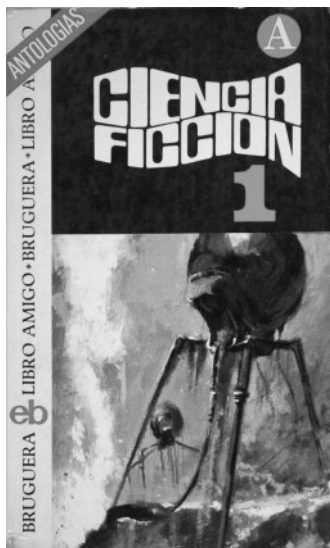
Por eso es tan importante la labor de la colección *Pandorum*. No se trata de una simple operación nostálgica, sino de algo cercano a un acto de justicia literaria. Al recuperar el espíritu de aquellas antologías clásicas, al mantener vivo el formato del libro de bolsillo como vehículo para la buena ciencia ficción, los diversos *paperbacks* de *Pandorum* nos recuerdan que el futuro no es solo una promesa; es también una responsabilidad.

En estos tiempos de cambio acelerado, cuando la realidad parece empeñada en superar a la más descabellada ficción, necesitamos más que nunca las herramientas que nos proporciona la ciencia ficción. La capacidad de imaginar alternativas, de cuestionar lo establecido, de soñar con mundos mejores o, al menos, diferentes. Los relatos que has leído en este volumen no son solo entretenimiento; son ejercicios de imaginación moral, experimentos mentales que quizá nos ayudan a entender quiénes somos y hacia dónde vamos.

Como decía el gran Isaac Asimov, la ciencia ficción no predice el futuro; lo previene. Y en estos tiempos inciertos, esa función profiláctica del género resulta más necesaria que nunca. Cada relato es una vacuna contra la complacencia, una dosis controlada de asombro que inmuniza contra la resignación.

Al cerrar este libro, tras haber recorrido estas narraciones cuidadosamente seleccionadas, espero que hayas sentido esa misma emoción que experimentamos quienes





crecimos leyendo ciencia ficción en aquellos años fundacionales. Has participado en una tradición que conecta el ayer con el mañana, que une a los lectores de los años sesenta con los del siglo XXI en una común fascinación por lo desconocido. Porque, al fin y al cabo, eso es lo que nos define como especie: la capacidad de soñar, de imaginar, de preguntarnos «¿y si...?»

El futuro, después de todo, siempre ha empezado con esa pregunta. Y aquí, entre las páginas de literatura independiente que estás a punto de cerrar, te has topado tal vez con algunas ideas brillantes que la imaginación humana ha logrado ofrecer.

El viaje continúa. Como aquellos lectores de antaño que, tras terminar un volumen, ya esperaban ansiosamente el siguiente, ahora tú también formas parte de esta cadena ininterrumpida de soñadores. El legado sigue vivo.

**H. Briones Barbera**

*Licenciado en acumulación de papel viejo*

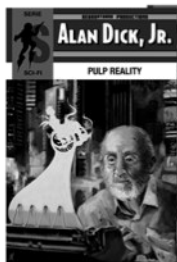
**ALGUNAS COSAS  
LLEGAN SIN  
LLAMARLAS**



**¡Y NO PODRÁS  
QUITÁRTELAS  
DE ENCIMA!**



# EL NUEVO "QUIOSCO" DE SEGASaturno PRODUCTIONS



[www.segasaturnoproductions.com](http://www.segasaturnoproductions.com)

# ¡LO NUEVO DEL PILOTO JIM!



**Matraca**  
ediciones

## Soylent Jim

Tony Jim

Prólogo de Pepe Cueto

Ilustraciones de Cristina J. Rodríguez Zayas



**TONYJIM.COM**

**MATRACAEDICIONES.COM**

**¡10 géneros de ficción!**

**¡10 décadas!**

**¡10 autores!**

**¡10 relatos!**

# **10 DEL 20**

**Relatos pulp para  
un siglo maldito**



**Selección de  
Iván Guevara**

**Prólogo de  
Quim Noguero**

**¡ILUSTRADO!**

Búsquelo en farmacias, licorerías y máquinas expendedoras  
... o solicítelo a su editor de confianza:

**GENTEOVEJUNA.COM**

Este libro vio la luz  
justo un siglo  
después de la  
primera transmisión  
televisiva exitosa.

